LA VIUDA VALENCIANA





PERSONAS

Lucencio, viejo.
Leonarda, viuda moza.
Julia, criada suya.
Urbán, escudero suyo, mozo.
Camilo, galán.
Floro, criado suyo.
Celia, dama.
Otón, galán.
Valerio, galán.
Lisandro, galán.
Rosano, cortesano.

Representóla Mariana Baca, única en la acción y en entender los versos



Reproducimos esta famosa comedia de la edic. madrileña de 1621, costeada por el mercader de libros Miguel de Siles.—*N. de los E.*



JORNADA PRIMERA

Sale LEONARDA, viuda, con un libro, y JULIA, su criada

LEONARDA. ¡Celia! ¡Julia! ¿No me oís?
JULIA. ¡Señora!
LEONARDA. Loca, ¿en qué andas?
JULIA. Ya vengo á ver lo que mandas.
LEONARDA. Guárdame ese fray Luis.
JULIA. Viéndote en esos traspasos,
no será mucha lisonja
apostar que de ser monja
no has estado dos mil pasos.
Aunque, como me nombrabas
á fray Luis cuando salí,
en verdad que colegí
que todo un fraile me dabas.
LEONARDA. No son para tu rudeza,
necia, razones tan altas.
JULIA. ¡Qué mal encubrí las faltas
que me dió naturaleza!
Que al no tener hermosura
no añado la discreción.
LEONARDA. Basta una buena razón
y una honrada compostura,
Julia, en cualquiera mujer,
que si de aguda se precia
está muy cerca de necia,
y aun de venirme á perder.
Yo, después que me faltó
mi Camilo, que Dios tiene
que hacer el oficio viene
del alma que me llevó,

como he dado en no casarme,
leo por entretenerme,
no por bachillera hacerme
y de aguda graduarme.
Que á quien su buena opinión
encierra en silencio tal,
no halla en los libros una
gustosa conversación.
En cualquier libro discreto
que si causa de hablar deja,
es amigo que aconseja
y reprehende en secreto.
Al fin, después que los leo
y trato de devoción,
de alguna imaginación
voy castigando el deseo.

JULIA. ¿Y en qué materia leías?

LEONARDA. De oración.

JULIA. ¿Quién no se goza
de ver que tan bella moza
tan santas costumbres crías,
ver hablar en la ciudad
de tu mucho encerramiento,
cordura y entendimiento,
fama, honor y honestidad?
Dicen que el siglo dorado
nuevo estado ahora toma,
que has hecho á Valencia, Roma,
y presente lo pasado.
Que en ti se encierra y anida
todo el bien que tiene el suelo,
y que eres ángel del cielo
en hermosura y en vida.
Los mozos están de forma
que nadie á verte se atreve,
porque no hay quien no se eleve
si de tu vida se informa.

LEONARDA. De todo, Julia querida,
se sirva Dios, que esa fama
es de estopa fácil llama,
antes muerta que encendida.
No procuro ser nombrada,
ni comer, como Artemisa,
las cenizas que ya pisa
la muerte con planta helada.
Ni ser la que el nombre toma
de que de antojo murió,

porque á ver no se asomó
el monstruo que entró por Roma.
Ni la que con el carbón
pintó la sombra al marido
que tuvo, siendo partido
en igual veneración.
Quiero ser una mujer
que, como es razón, acuda
al título de viuda,
pues á nadie he menester.

JULIA. ¿Qué, en fin te casarás?

LEONARDA. ¡Jesús! Julia, no lo nombres,
no me los nombres jamás.
Tráeme la imagen acá
que compré de aquel pintor.

JULIA. Pedir le quieres favor,
tentaciones te dan ya.

LEONARDA. Calla, necia, que la quiero
solamente para vella.

JULIA. ¿Y cómo diste por ella
tanta suma de dinero?

LEONARDA. Por el pincel que le dan,
que el dueño me satisfizo,
que allá en la corte la hizo
un famoso catalán.

JULIA. Voy. *Vase.*

LEONARDA. No hay ya de qué tratar
que servir á Dios no sea,
bien aquí la vida emplea
quien ve lo que ha de durar.
Terror es que, perseguida
en esta edad, guarde á un muerto
fe tan cierta, amor tan cierto,
verdad viva y casta vida.
Pero en la dificultad
escriben que está la gloria,
y eso se llama vitoria
resistir la voluntad.
¡Dejadme aquí, pensamientos,
no hay más, no me he de casar!

Sale JULIA

JULIA. Aún no le acertaba hallar.

LEONARDA. Resistid, castos intentos.

Dale un espejo.

JULIA. Veisle aquí.

LEONARDA. Cubre mi olvido
las vanidades que dejo.
¿Qué es esto, necia, el espejo
por la imagen me has traído?
Toma.

JULIA. Acábate de ver,
verás lo que has de llorar,
no lo pudiendo cobrar
si aquí lo dejas perder.

Sale LUCENCIO, tío de Leonarda

LEONARDA. Toma allá.

LUCENCIO. No se le des,
pues quiso Dios que viniese
á tiempo que verte viese
tú que á ti ni á nadie ves.
¿Qué milagro, di, sobrina,
es este de hallarte así?

LEONARDA. Si hoy no me vengo de ti.

JULIA. Pues vile yo entrar.

LEONARDA. Camina.

LUCENCIO. Bien tendrán canas de un viejo
con tu edad autoridad.

LEONARDA. Juzgaras á liviandad
hallarme con el espejo.
Que suele ser conocida
la mucha de una mujer
en irse y venirse á ver,
después de una vez vestida.
Y yo, conforme á mi estado,
hago en eso más delito.

LUCENCIO. A enojo siempre me incito
con tu melindre extremado.
¿Es mucho que una mujer
que ha de estar un día compuesta
vaya á ver si está bien puesta
la toca ó el alfiler?
¿Quién se lo dirá mejor,
si está bien ó si está mal,
que ese palmo de cristal?

LEONARDA. ¡Cómo disculpas mi error!

LUCENCIO. Eso fuera á ser de aquellas
que junto á las celosías
hacen colgar muchos días
su espejo, ó en medio dellas.
Y así como están hablando

por de fuera á su galán,
él habla, y meneos van
en el espejo mirando.
Y el necio á quien satisface
por si lo entiende y se admira,
y es el espejo á quien mira,
á quien la fiesta se hace.
No eras tú la que le lleva
á la iglesia y al sermón,
y fingiendo devoción,
se mira cuando se eleva.
Ni al beber haces agravio,
con pico de aguamanil,
porque la color sutil
no se despegue del labio.
No te quiero decir cosas
que á un viejo parece mal,
desta regla universal
de feas y melindrosas.
Mírate, y guárdete Dios,
y pues he venido á verte
cuando tú te has visto, advierte,
y estemos solos los dos.

LEONARDA. Tío, si es de casamiento,
ni se miente, ni me hable.

LUCENCIO. ¡Que has de ser tan intratable
con tan buen entendimiento!
¿Escucharme no merezco?
¿Dónde un viejo honrado hablara,
que, siéndolo, no escuchara
cualquier hombre?

LEONARDA. *(Ap.)* ¡Hoy me enflaquezco!
(Alto.) Si yo sé lo que me quieres,
¿por qué he de dejar cansarte?

LUCENCIO. ¡Que has de ser en esta parte
igual á tantas mujeres!
¿Qué pertinacia es la tuya?
¿Piensas que estas cosas son
para tu buena opinión?
Son para que se destruya.
¿Cómo piensas conservarte,
ya que tan resuelta vienes
en el estado que tienes,
tantos años sin casarte?
Es verdad que te han quedado
tres mil ducados de renta,
pero yo no pongo en cuenta

lo que es vivir descansado.
Que si esto te faltara,
gracias á Dios, que me sobra,
pero el verte empezar obra
de acabarse bien tan cara.
¿Adónde te esconderás
de la envidia y vulgo vil,
aunque en un año y en mil
no salgas de donde estás,
que con sol abras tu puerta,
y cierres á la oración,
que á los que más linces son
no vean ventana abierta?
Que un átomo que el sol mismo
no entre en casa tan rara,
por sí escura, y por ti clara,
cielo en parte, en parte abismo.
Que tenga dragones, y Argos,
más que vellocino y fruta,
qué importa la envidia astuta,
tiene lengua y ojos largos.
Dirán que con el esclavo
que dentro de casa tienes,
á ser Angélica vienes
soberbia, é infame al cabo.
Y, ofendido tu decoro,
mil que seguido te han
á Júpiter cisne harán,
ó por dicha lluvia de oro.
¿Cuánto es mejor que te cases
y estas malicias escuses?

LEONARDA. Ya no habrá de qué me acuses,
si no es que adelante pases.
No dirás que no te oí;
dime, Lucencio, ¿es mejor
á peligro de un error,
poner mi vida por ti?
¿A este daño me acomodas,
si todos los que han escrito
han reprehendido infinito
siempre las segundas bodas?
¿La viudez casta y segura
no es de todos alabada?
Si es de la envidia infamada,
este engaño poco dura,
que al fin vence la verdad
y vuela la buena fama,

que es Fénix que de su llama
nace para nueva edad.
No si no venga un mancebo
destos de ahora, de alcorza,
con el sombrerito á orza,
pluma corta, cordón nuevo.
Cuello abierto muy parejo,
puños á lo veneciano,
lo de fuera limpio y sano,
lo de dentro sucio y viejo.
Botas justas sin podellas
descalzar en todo un mes,
las calzas hasta los pies,
el bigote á las estrellas;
jaboncillos y copete,
cadena falsa que asombre,
guantes de ámbar, y grande hombre
de un soneto y un billete.
Y con sus manos lavadas
los tres mil de renta pesque
con un poco se refresque
entre sábanas delgadas;
y pasados ocho días,
se vaya á ver forasteras,
ó en amistades primeras
vuelva á deshacer las mías.
Vendrá tarde, yo estaré
celosa; dará mi hacienda,
comenzará la contienda
desto, de si fué ó no fué.
Yo esconderé y él dará;
buscará deudas por mí,
entrará justicia aquí,
voces y aun coces habrá.
No habrá noche, no habrá día,
que la casa no alborote:
«Daca la carta de dote,
soltad la hacienda, que es mía.
Entrad en esta escritura.»
«No quiero.» ¡Ah! ¿sí? ¿no queréis?
Yo os haré, infame, que entréis,
si el brío de ahora os dura.»
Y que mientras más me postro
me haga muy más apriesa
de dos títulos condesa:
Cocentaina y Puñoenrostro.
Yo he dicho.

LUCENCIO. Acabado has
como oración en latín.
LEONARDA. Latín pudo ser el fin,
mas romance lo demás.
Esto propuse aquel día,
y á ser varonil mujer,
brasas había de comer,
y abrasar alma tan fría.
LUCENCIO. Sobrina, aquí se acabó.
Desde aquí doy á los vientos
todos cuantos casamientos
me han hablado y busco yo.
Que tres á escoger traía,
y ya sólo he de pedir
que no demos qué decir
de tu edad, ni de la mía.
Mira por ti, pues te quedas
en tan moza libertad,
que es mucho que en tal edad
tan segura vivir puedas.
Cuando mires al espejo
tu hermosura y pocos años,
tú verás cuántos engaños
te dan los dos por consejo.
Y Dios te lleve adelante
ese cilicio y ayuno.
LEONARDA. *(Ap.)* ¡Qué viejo tan importuno!
LUCENCIO. *(Ap.)* ¡Qué mujer tan arrogante!

Vanse.

Sale LISANDRO, galán

LISANDRO. Rompe una peña el agua cuando estriba
por largo curso en ella su corriente,
y á la segur del labrador valiente
se humilla el pino y la arrugada oliva.
De su fruto oriental la palma altiva
rinde, aunque tarde, á la africana gente,
viene el novillo al yugo, y la serpiente
á la voz del encanto se derriba.
Fabrica un escultor una figura
de un mármol duro, de una piedra helada,
y viene á tener ser lo que no era.
Y por más que mi amor vencer procura
una mujer hermosa y delicada,
con ser mujer, está rebelde y fiera.

Sale VALERIO, galán

VALERIO. Baja del monte el agua despeñándose,
y va de piedra en piedra entremetiéndose.
y con venir como el cristal, riéndose,
va por la tierra con el tiempo, entrándose.
Mi mal con beneficios aumentándose
hace que vaya el alma consumiéndose,
y luego la esperanza entreteniéndose
de verle florecer está temiéndose.
Amor me ve morir, y satisfácese,
donde con tiempo y obras desmerécese,
que es ola que en la mar se rompe y hácese.
El bien y el mal para mi mal ofrécese,
pero en un punto el bien muérese y nácese.
y luego la esperanza desparécese.

Sale OTÓN, galán

OTÓN. Halla con lengua, lágrimas y ruego,
entre bárbaros, paso el peregrino,
guía por las montañas de Apenino,
agua en la Libia, y en la Citia fuego.
El Abarimo, en sus crueldades ciego,
por sus tierras le da franco camino,
allá en Arabia pan, en Persia vino,
y en los alarbes de Africa sosiego.
Corren el llanto y la alegría parejas,
y el cautivo en el moro de Marruecos
halla piedad, entre cadena y rejas.
Y un áspid hecho de peñascos secos
de mis cansadas lágrimas y quejas,
aún no se precia de escuchar los ecos.
VALERIO. ¡Lisandro!
LISANDRO. ¡Valerio!
VALERIO. ¡Otón!
OTÓN. ¡Oh, hidalgos!
VALERIO. Creo que junta
amor la conversación.
LISANDRO. Eso de amor se pregunta
á los que amantes no son.
Ea, acabaos de cubrir.
que bien se puede decir
aquesto de amor cubiertos.
que no es Evangelio
OTÓN. Adviértoos
que así se había de oir.

Que son tales sus antojos,
que había, cuando se empieza
á tratar de sus enojos,
de estar libre la cabeza
y descubiertos los ojos.
No porque á verdad aspira
que antes de ella se retira.
mas, porque son menester
muchos ojos para ver
tan agradable mentira.

LISANDRO. Bien á Otón se le parece
que por la hermosa viuda
se deshace y desvanece.

OTÓN. Y de vos, ¿pondremos duda
que os abraza y enflaquece?
Porque rompéis á los cielos
cuantas túnicas y velos
los astrólogos les ponen,
porque con ella os abonen.

VALERIO. Declárense, si son celos.
Entraré yo de por medio
á quitar la pesadumbre.
y dar algún corte y medio.

LISANDRO. Mas á entraros por su lumbre,
por el último remedio.
Que de la que vive aquí
más hay que en Otón, en mí,
es el alma enamorada
de mariposa turbada
que habrá de morir allí.

VALERIO. ¿Yo por Leonarda?

LISANDRO. Vos, pues
pensáis que está muy secreto
lo que tan notorio es.

OTÓN. Finalmente, que á un sujeto
queremos bien todos tres.

VALERIO. Ahora bien; porque lo es tal,
confesar no me está mal,
y porque este casamiento
me ha dado algún pensamiento.

LISANDRO. ¡Gran mujer!

OTÓN. No tiene igual.

LISANDRO. Lo que Valerio pretendo.

OTÓN. Yo lo mismo solicito.

VALERIO. ¿Si emprendéis lo que yo emprendo,
ú os ofendo si os lo quito,

ó en quitármelo me ofendo?
¿Puédese esto componer?

LISANDRO. Muy bien se puede hacer,
ande el pleito y la amistad.

OTÓN. Competencia y voluntad
no suelen juntas comer.
Pero habrá de ser así,
que á todos está mejor,
si no es que haya alguno aquí
que tenga della favor.

VALERIO. No diré yo que yo fuí,
aunque el que he tenido puedo
contar á los dos sin miedo,
como palabra me deis,
que los nuestros contaréis.

LISANDRO. Por mi parte lo concedo.

OTÓN. Y yo por mi parte.

VALERIO. Oid,
y el galardón de mi amor
deste favor presumid.

OTÓN. Di, Lisandro, tu favor.

VALERIO. Ya comienzo.

LISANDRO. Di.

VALERIO. Advertid.
A esta gallarda viuda,
que tiene el alma de tigre,
en un coche vi una tarde
como tres mil serafines,
iba subiendo del sol,
porque el sol iba á encubrirse,
aunque la cortina á veces
era á mis ojos eclipse.
Hícele una reverencia.
y ella, con algún melindre,
sacó del estribo afuera
todos los pechos de un cisne.
Yo, creyendo que podía
en este favor asirme
con mi guitarra en su calle
me tocó San Juan, maitines.
Había hecho una glosa,
por mi mal la glosa hice,
empecé á cantar más tierno
que un tiempo Píramo á Tisbe.
Socorre con agua al fuego,
fué lo primero que dije,
y lo postrero también;

del socorro Dios os libre.
Si era agua limpia ó mezclada,
Dioscórides lo averigüe,
basta, que toda la noche
gasté en limpiarme y reirme.

LISANDRO. Va el mío, pero es mejor,
que, en efeto, fué favor,
y el de Valerio, pesar.

OTÓN. Empieza, pues, á contar.

LISANDRO. Comienzo, en nombre de amor.
Por esta dichosa calle,
desdichada en tanto extremo,
donde mil penantes viven
velando prendas de un muerto,
llevaban unos ladrones,
una noche escura, huyendo
de la vecina justicia,
de vino un famoso cuero.
Al pasar los desdichados,
las puertas de mármol vieron
de aquesta viuda, más dura,
y pusiéronle en lo hueco.
Los alguaciles y mozos,
embebecidos corriendo,
no vieron dónde quedaba
el arrimado mancebo.
Yo, que estaba en una esquina,
mirándolo desde lejos,
apresuré luego el paso,
llevándome el aire en peso.
Llegando á la amada puerta,
vi un bulto á mis ojos negro,
con su capa y con su espada,
mirando y hablando adentro.
Lleguéme á él, y metíme
hasta la barba el sombrero,
y díjele: «¡Ah, gentilhombre!»,
terciando el corto herreruelo.
Como no me respondía,
saco la daga de presto,
y por el pecho á mi gusto
hasta la cruz se la meto.
Dióme la sangre en el mío,
y vuelto á mi casa, huyendo,
miro á una luz la ropilla,
y olía como un incienso.
Tomo una linterna, y parto,

y cuando á mirarle vuelvo,
hallo derramado el vino
y el cuero midiendo el suelo.

OTÓN. Si esos son vuestros favores,
reniego de los amores.

VALERIO. Diga Otón el suyo, á ver.

OTÓN. ¡Ah, Tulio! Aquí he menester
tus retóricos colores.
Cantaban la vez primera
con su voz ronca los gallos,
respondiéndose muy lejos
los del lugar y del campo.
Cuando de nuestra viuda,
como un reloj concertado,
la ventana con los ojos,
y la calle midió á pasos.
Estaba el cielo más negro
que un portugués embozado,
y á esta causa erré la reja,
dos ventanas más abajo.
Vivía un buen zapatero,
donde yo, con gran cuidado,
puse los ojos por ver
la casa en que viven tantos.
Y vi en un balcón un bulto
la mitad del cuerpo blanco,
y creyendo ser la viuda,
así la requiebro y hablo:
«Angel, cuya alba es la toca,
y cuya estola el rosario,
oid un secreto solo
deste enamorado esclavo.»
No lo hube dicho, señores,
cuando el zapatero honrado,
que estaba en camisa al fresco,
dijo, un ladrillo tomando:
«A mi mujer requiebritos,
por estas barbas, bellaco,
que yo os conozca de día.»
Y, si al tirar, no me bajo,
con los polvos del ladrillo
me deja allí rociados,
como escudilla de arroz,
los sesos entre los cascos.

VALERIO. Los favores son iguales,
mas al fin, tratando veras
y dejando burlas tales,

	no veis que estas tres quimeras
	han de engendrar cien mil males.
OTÓN.	Un consejo os quiero dar.
LISANDRO.	¿Cómo?
OTÓN.	Que el pleito tratemos
	dejándonos de tratar.
VALERIO.	¿Queréis que no nos hablemos?
OTÓN.	Yo á ninguno pienso hablar,
	encuéntrele adondequiera.
LISANDRO.	Yo me voy desa manera.
OTÓN.	¡Ay, Leonarda, hermosa y muda!
LISANDRO.	¡Ay, bellísima viuda!
VALERIO.	¡Ay, hermosísima fiera!

Vanse.

Salen LEONARDA y JULIA

JULIA.	Castigado han tu locura
	los cielos.
LEONARDA.	Y de tal suerte,
	que no me han dado la muerte
	para mayor desventura.
	Y pues que así me declaro,
	créeme que algún hechizo
	este viejo astuto hizo
	contra mi helado reparo.
	Que llevarme aquesta tarde
	á buscar mi vituperio,
	no carece de misterio.
JULIA.	Dios de pensallo me guarde,
	tan ignorante está él
	de lo que te ha sucedido,
	como ese mismo que ha sido
	basilisco tan cruel.
	Malditos sus ojos sean,
	que á la primer vista pueden
	hacer que otros ciegos queden.
LEONARDA.	Déjalos, Julia, que vean,
	que es bien que tan buenos ojos
	no pierdan, porque me vieron.
JULIA.	Por mi abuela, que te dieron
	muy aprisa los antojos.
	Rabia en él.
LEONARDA.	No digas eso,
	¡Dios le guarde! ¿Qué te va?
JULIA.	¡Ay, señora! ¿Adónde está
	tu autoridad y tu seso?

¿Qué es de aquella gravedad
con que hoy al turbado viejo
subiste al cielo el espejo
de tu fama y castidad?
¿Y el melindre con que hiciste
de verte en el de cristal?

LEONARDA. No me predicas muy mal.

JULIA. Calla ahora, no estés triste,
ello ha de ser tempestad,
ó cosa para de asiento.

LEONARDA. Estoy sin entendimiento
del mal de la voluntad.

JULIA. Ahí falta una potencia,
sangrarse della, y á Dios.

LEONARDA. Amor, ¿esto podéis vos?

JULIA. ¿Qué hombre te agrada en Valencia,
que ya no eres tú la helada,
la santa, la recogida?

LEONARDA. No me hables en tu vida,
necia, no me digas nada,
que todo será accesorio
si me tengo de perder.

JULIA. No sé qué tengo de hacer
de los libros y oratorio;
pues, que dirá fray Luis,
y aquellas cosas tan altas.

LEONARDA. ¡Oh, mujeres! ¿Cuántas faltas
hasta la prueba encubrís?
¿Quién vió mi celo y mi pecho,
oh mancebo, antes de verte?
Pero el rigor de la muerte
no es conmigo de provecho.
No me tengo de casar,
si el mundo está de por medio.

JULIA. Yo, señora, sé un remedio.

LEONARDA. ¿No te he mandado callar?
Si no te hubiera criado
la cara te deshiciera;
vesme ardiendo, y como fiera,
te burlas de mi cuidado.
Pues remedio he de tener
sin perder mi punto y fama,
y he de aplacar esta llama
cruel.

JULIA. Todo puede ser.

Sale URBÁN, escudero mozo

URBÁN. ¡Oh, gracias á Dios que os hallo!
¿Hasta cuándo era el rezar,
queríades os quedar
hasta la Misa del gallo?
En días de jubileo
no te querría servir.

LEONARDA. ¿Tan presto nos hemos de ir
una tarde que el sol veo?

URBÁN. No sueles tú decir eso,
que aún te ofende su arrebol.

LEONARDA. Ya quiero sol.

URBÁN. Anda al sol.

JULIA. Déjala, que está sin seso.

URBÁN. ¿De qué? ¡Válame San Blas!

LEONARDA. Mira si está el coche á punto.

URBÁN. Ya, señora, lo pregunto.

LEONARDA. Vuelve, necio, ¿adónde vas?

URBÁN. Por el coche del sol iba,
para que al sol nos andemos.

Salen CAMILO, galán, y FLORO, su criado

CAMILO. Gentil recado tenemos,
dile tú que no me escriba.

FLORO. No le rasgues, por el tiempo
que la amaste.

CAMILO. Ya está hecho.

FLORO. Que aun eso no es de provecho.

CAMILO. Es cosa de pasatiempo.

LEONARDA. Urbán, ¿ves este mancebo?

URBÁN. Muy bien.

LEONARDA. Pues llega al oído.

URBÁN. Casa y nombre ya.

FLORO. No ha sido
ese tu desdén muy nuevo.
Siempre con esa mujer
esta aspereza tuviste.

LEONARDA. Vamos, Julia.

JULIA. Ven.

LEONARDA. ¡Ay, triste,
si te he de volver á ver!

Vanse Leonarda y Julia.

URBÁN. Por mi fe, bueno he quedado,
á saber su casa y nombre
deste galán gentilhombre.

CAMILO. No quiero amor ni cuidado.
Estése Celia en su casa,
dé favor á quien quisiere,
hable, si su gusto fuere,
al que llega ó al que pasa.
Busque un nuevo moscatel
á quien con celos engañe,
que ya á mí no hay que me dañe,
si no es la lástima dél.
URBÁN. Siempre fué bueno traer
tintero y escribanía.
¡Ah, caballero! Querría...
CAMILO. Hablad. ¿Qué queréis?
URBÁN. Saber
si acaso os habéis escrito
en el santo jubileo
por cofrade.
CAMILO. Antes deseo
serlo, buen hombre, infinito.
¿Qué se paga?
URBÁN. Sólo un real.
CAMILO. Veis aquí dos, por los dos.
Tomad.
URBÁN. Recíbalo Dios.
El nombre y casa nombrad.
CAMILO. Camilo, y vivo á San Juan.
URBÁN. ¿Sois noble?
CAMILO. Bastantemente.
URBÁN. Dígolo porque se asiente.
¿Su buena gracia, galán?
FLORO. Yo, Floro.
URBÁN. Basta, yo vuelvo
á la iglesia.
CAMILO. Andad con Dios,
cofrades somos los dos.
FLORO. ¿Rezarás?
CAMILO. Hoy me resuelvo,
vive Dios, que di un doblón
al hombre, por dos reales.
FLORO. ¿Ahora con eso sales?
Ya no tiene redención.
CAMILO. Entra, que aún habrá reparo.
FLORO. Con eso te dijo allí
que eres noble.
CAMILO. ¡Oh, pesia á mí,
que soy cofrade muy caro!

Vanse.

Salen LEONARDA, JULIA y URBÁN

LEONARDA. Gentil industria tuviste,
Urbán.
URBÁN. Soy flor de los hombres.
LEONARDA. ¡Qué bien sus casas y nombres
en el papel escribiste!
¿Que al fin Camilo se llama?
Esto más tiene del muerto.
URBÁN. Sin duda el ser noble es cierto,
aunque ignoramos su fama
que argumento como ver,
que en tan fácil ocasión,
por un real me dió un doblón.
JULIA. Liberal debe de ser,
cierto que fué gran nobleza.
LEONARDA. Di, Julia, ¿qué no tendrá
á quien tales gracias da
la franca naturaleza?
URBÁN. Eso de gracia no vi
jamás, por vida de Urbán,
hombre más bello y galán
desde el día en que nací.
¡Qué rostro, qué compostura,
qué barba tan aseada,
qué mano tan regalada,
parecióme nieve pura!
¡Qué cuerpo, qué pierna y pie,
qué fabla, qué discreción,
qué lindo dar de doblón,
y qué afición le cobré
cuando le vi relucir!
LEONARDA. Ahora bien, ya no es posible
sufrir el fuego insufrible
de que me siento morir.
Amigos, grande flaqueza
os parecerá la mía;
pero mi pecho confía
de vuestro amor y nobleza.
Desde mi padres habéis
servido siempre esta casa,
yo sé al extremo que pasa
el amor que me tenéis.
Supuesto que no pretendo
casarme, ni sujetarme,
hoy habéis de remediarme.
Hoy mi vida os encomiendo.

En vuestra lengua y secreto
está mi opinión y fama.

URBÁN. O tu temor nos disfama,
ó es de tu amor este efeto.
¡Vive Dios! que si en un potro,
ó con otro me engañasen,
palabra no me sacasen
por eso, ni por esotro.
Fía de Julia y de mí,
y di lo que hemos de hacer.

LEONARDA. Tú mi remedio has de ser,
escúchame atento.

URBÁN. Di.

LEONARDA. Ya ves cómo anda alterada
con sus máscaras Valencia.

URBÁN. Bien.

LEONARDA. Pues con esta licencia
ponte una ropa extremada
y una máscara, y camina
á hablar aquese galán,
y dile en disfraz, Urbán,
que una dama se le inclina.
Y que la hable tiernamente,
y que la podrá gozar
como hoy te quiera esperar
del Real dentro, en la puente.
Y si te dice que sí,
esta noche irás por él.

URBÁN. Luego, bien ha de ver él
adónde vives, y á mí.

LEONARDA. No, que con máscara irás,
y, para que nada note,
le pondrás un capirote
con que á casa le traerás.
Entrará á escuras, y cuando
se haya de ir, vuelto á poner,
¿á quién podrá conocer?

URBÁN. ¡Brava industria vas trazando!
¡Qué bueno vendrá el halcón!
Pero yo, ¿en qué me detengo?
Parto.

LEONARDA. No tardes.

URBÁN. Ya vengo.

Vase.

JULIA. ¿Quién te dijo esta invención?

LEONARDA. Amor, que tiene á los pies
á cuantos han estudiado.

JULIA. Paréceme que han llamado.
LEONARDA. Anda, ve, mira quién es.

Vase Julia.

¿Qué habrá que una mujer determinada
no intente por su gusto, qué tormento
la mudará del firme pensamiento,
qué fuego, qué cordel, qué aguda espada?
¿Qué gigante, con furia más airada,
intentará subir al firmamento,
ó qué Alcides, con más atrevimiento,
al centro bajará con alma osada?
Efetos son de un niño poderoso,
haber mi hielo con su ardor vencido,
y aquella fe de mi primero esposo.
Yo he sido como río detenido,
que va suelta á la presa más furioso,
y es lo más cierto que mujer he sido.

Sale JULIA

JULIA. No sé qué gente está aquí,
que libros y estampas vende.
LEONARDA. Si es máscara, ¿qué pretende?
JULIA. Yo sin máscara le vi.
LEONARDA. Pues, para que no parezca
que mi devoción se muere,
entre, y veamos qué quiere,
ó si hay que comprar, se ofrezca.

Sale OTÓN, vestido de extranjero, con cuatro libros y una cesta

OTÓN. Dios guarde á vuesa merced
y le dé un gentil marido.
LEONARDA. En que no le haya querido
me ha hecho mucha merced.
OTÓN. ¿Por qué, teniendo ese talle?
LEONARDA. Mostrad, ¿qué libros vendéis?
OTÓN. Uno traigo, que podéis
por poco precio compralle.
Mas, es una historia mía,
y sois vos muy recatada.
LEONARDA. ¡Qué cifra tan extremada!
Julia, ¿no te lo decía?
¿Quién es éste?
OTÓN. Es *El pastor*
de Fílida.
LEONARDA. Ya lo sé.

OTÓN. Y Gálvez Montalvo fué,
con grave ingenio, su autor.
Con hábito de San Juan
murió en la mar, y yo muero
en mar más profundo y fiero.
LEONARDA. ¿Sois librero ó sois galán?
OTÓN. No se lo sabré decir.
Aqueste es *La Galatea*,
que si buen libro desea
no tiene más que pedir.
Fué su autor Miguel Cervantes,
que allá en la Naval perdió
una mano, y pierdo yo.
LEONARDA. Calla, Julia, no te espantes.
¿Qué perdéis?
OTÓN. El alma y vida,
y por otra Galatea
más cruel que fué Medea,
y menos agradecida.
LEONARDA. ¿Quién es éste?
OTÓN. Es Espinel.
LEONARDA. ¿Qué trata?
OTÓN. Solas canciones.
Mas tiene lindas razones,
y hay graves versos en él.
Quiso bien hasta morir,
mas no del mal que yo muero.
LEONARDA. ¿Sois galán ó sois librero?
OTÓN. No se lo sabré decir.
El *Cancionero* está aquí,
mas lleno de disparates.
LEONARDA. De mal impreso no trates.
OTÓN. Mejor impreso está en mí.
LEONARDA. ¿El qué?
OTÓN. Un eterno servir,
un amar, un padecer.
LEONARDA. ¿Es requebrar ó vender?
OTÓN. No se lo sabré decir.

Sale VALERIO, en hábito de mercader, con estampas

JULIA. El estampero se ha entrado.
VALERIO. ¡A la rica estampa, fina!
LEONARDA. *(Ap.)* Mal mi sospecha adivina,
ó este trato es concertado.
Que el uno y otro galán,
que este engaño concertaron,

las máscaras se quitaron
en allegando al zaguán.
(Alto.) Julia, ¿es esto conveniente
á mi encerramiento?

JULIA. Creo
que te engañan.

LEONARDA. Bien lo veo,
en mi casa tanta gente.

VALERIO. ¿Acá está primero Otón?

OTÓN. ¡Que Valerio vino acá!

LEONARDA. ¿Qué vendéis?

VALERIO. Vos lo veis ya,
vendo el mismo corazón.

LEONARDA. Mostrá, ¿qué es este papel?

VALERIO. El *Adonis* del Ticiano,
que tuvo divina mano
y peregrino pincel.
¡Oh, quién éste hubiera sido,
cuando fué tan regalado,
pues muero desesperado,
y él murió favorecido!
Esta, por vida de Aurelio,
que es de las ricas y finas,
que es de Rafael de Urbino
y cortada de Cornelio.
Esta es de Martín de Vos,
y aquesta de Federico.

LEONARDA. Mal á estas cosas me aplico.
¿No traéis cosas de Dios?

VALERIO. Sí, traigo; aquí hay una estampa
del matrimonio escogida.

LEONARDA. Ese no espero en mi vida.

VALERIO. Mal su estampa se os estampa,
pues no sé yo por qué sea,
que hay mil que esperan un sí,
y por ventura está aquí
un hidalgo que os desea...
Soy Valerio, aunque me veis
que esta máscara he tomado.

OTÓN. Pues ya va tan declarado,
á Otón delante tenéis.
Soy rico, soy caballero,
y pierdo el seso por vos.

LEONARDA. ¿No hay aquí quien á los dos
les pague en mejor dinero?

Salen dos CRIADOS

¡Hola!
CRIADO. Señora.
LEONARDA. Al librero
y al que los papeles vende.
OTÓN. Pues, señora, ¿qué te ofende
pedirte nuestro dinero?
LEONARDA. Ea, ¿qué aguardáis, criados?
VALERIO. Paso, no os alborotéis.
LEONARDA. Libertades me vendéis,
libros por mi fe extremados.
¡Hola, cargaldos de palos!
VALERIO. No hará tal, que irnos sabremos.
OTÓN. Ni esa afrenta sufriremos.
CRIADO 2. No están los gabachos malos.
CRIADO 1. Con pastillas y perfumes
aguarda otro para entrar.
CRIADO 2. ¡Ea, empiecen á bajar!
VALERIO. ¡Que en tal crueldad te resumes!
LEONARDA. Cerrad la puerta, y quien llama
traerá menos libertad.
VALERIO. Julia, ¿no hay más amistad?
JULIA. Calla, no lo oiga mi ama.

Vanse.

Salen CAMILO y URBÁN, vestidos de máscara

CAMILO. Máscara, juro por Dios,
que grande empresa acometo,
y sin saber quién sois vos.
URBÁN. Camilo, aqueste secreto
ha de ser entre los dos.
CAMILO. Pues me da el alma esa dama,
no me fiara su fama.
¡No pudiera yo servilla,
y hablalla, y vella, y oílla,
y saber cómo se llama!
URBÁN. No habemos de hablar en eso,
que en queriendo saber algo
queda perdido el suceso.
CAMILO. Juro, por la fe de hidalgo,
que me hacéis perder el seso.
Si yo tuviera enemigos,
los cielos me son testigos
que era engaño claro y visto;
mas no hay hombre tan bienquisto,
ni que tenga más amigos.

Fuera deso, estoy contento
que digáis que hasta el retrete
entre armado á mi contento,
y que lleve un pistolete.

URBÁN. Lleva uno, lleva ciento,
si no os falta habilidad,
valor, gusto y voluntad,
que el interés lo atropella,
gozáis la cosa más bella
que tiene aquesta ciudad.

CAMILO. ¿Qué importa que sea fea,
si á escuras he de gozalla?
Antes presumo que es fea.

URBÁN. En hablalla y en tocalla
habrá luz con que se vea.
Si os pesare y os cansare,
no volváis.

CAMILO. No hay que repare
mas que en el ir tan cubierto.

URBÁN. Esa es la ley del concierto,
mirad si hay más que os declare.

CAMILO. ¿Que cubierto tengo de ir?

URBÁN. Y desa suerte, Camilo,
habéis de entrar y salir.

CAMILO. ¡Brava industria, bravo estilo!

URBÁN. Todo lo habéis de sufrir.

CAMILO. ¿Y adónde os he de aguardar?

URBÁN. A las tres podéis estar
del Real puesto en la puente,
y guardaos de llevar gente,
porque no os tengo de hablar.

CAMILO. ¿Por ver á Italia no pasa,
ó las naciones francesas,
quien deja su patria y casa
por las Indias portuguesas,
mil largos mares traspasa?
¿No deja el otro su tierra
por ver la extranjera guerra?
¿Por una fiesta, no hay mil
que están entre gente vil,
donde el calor los entierra?
¿No está alguno al sol y al hielo,
esperando á ver salir
el tímido conejuelo,
y el pescador por asir
el pez simple en el anzuelo?
Pues yo, mozo y orgulloso.

que me escuso, temeroso,
de ver este encantamiento,
camina, que soy contento.

URBÁN. Si vais, vos seréis dichoso.

CAMILO. A la hora concertada
en la puente me hallaréis.

URBÁN. ¡Qué noche tan regalada
con aquel ángel tendréis!

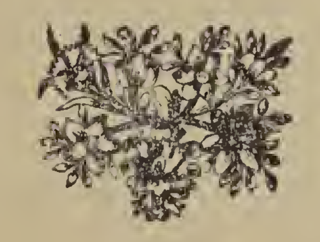
CAMILO. A lo menos, encantada.

URBÁN. Ella estará prevenida.
A Dios.

CAMILO. Ya vuestra partida
aguardo.

URBÁN. Será muy presto. *Vase.*

CAMILO. Yo he de saber lo que es esto,
aunque me cueste la vida.





JORNADA SEGUNDA

Sale CAMILO

CAMILO.
Buen ánimo, pensamiento
de temeridad vestido.
Al puesto habemos venido,
donde vuestro atrevimiento
me lleva á vencer, vencido.
Entre el amor y el deseo
con quien batallo y peleo,
tantas veces quedo y voy,
que, con estar donde estoy
otras tantas, no lo creo.
Qué sé yo si algún contrario,
de envidia de verme noble,
me forja este trato doble,
donde sea necesario
el sufrir espada ó roble.
Bravamente el cuello humillo,
como simple corderillo
que ser vendido no ve,
que va por su propio pie
al carnicero cuchillo;
mas yo jamás he entendido
que haya hecho á hombre ofensa.
Mal mi entendimiento piensa,
si el que á ninguno ha ofendido
bien camina sin defensa,
y más que aquel que me ha dado
las nuevas deste cuidado
me ha dicho que armarme puedo;
pero fué por darme miedo,
que anda siempre el miedo armado.

Pero aunque vaya cual voy.
de qué peligro me escapa.
si al fin los ojos me tapa,
que pues sin ojos estoy,
bien puede echarme la capa.
Quién oyó jamás tal cosa,
que una mujer tan hermosa,
que tanto á un hombre desea,
no permita que la vea,
¡qué fama tan vergonzosa!
Y qué sé yo si, pensando
que abrazo algún ángel bello,
á un demonio enlazo el cuello,
que á escuras anda volando,
porque es indigno de vello.
O que fuese alguna vieja,
ya sin pestaña ni ceja,
con unos dientes postizos,
que me hiciese con hechizos
andar como simple oveja.
O fuese alguna cuitada,
herida del mal francés,
que me hiciese andar después,
por un hora desposada,
muerto dos años ó tres.
Mas gente viene á la puente.

Sale URBÁN de máscara, y un capirote de bayeta en la mano

URBÁN. Sólo está un hombre. ¿Qué gente?
CAMILO. ¿Es acaso aquel amigo?
URBÁN. Quien te sirve está contigo.
CAMILO. ¡Que esto un hombre cuerdo intente!
URBÁN. ¿Hay alguien que vernos pueda?
CAMILO. Las estrellas y la luna.
URBÁN. Mas que no ve luz ninguna,
ó cual aquel ángel queda.
¡Dichosa fué tu fortuna!
CAMILO. No niego que es muy dichosa,
mas, fea, fea ó hermosa,
para aborrecer ó amar,
si á escuras la he de gozar,
¿no es todo una misma cosa?
URBÁN. Una misma, ¿de qué suerte?
¿Un cuerpo grueso y perfeto,
no hay más gusto que despierte,
que tocar un esqueleto
como pintan á la muerte?

Lo hermoso es como el olor,
que aquel natural valor
se conoce, mira y huele
por la suavidad que espele.

CAMILO. ¿Soy herbolario ó doctor?
¿Qué me importan á mí olores?
Los ojos hacen gozar,
que aquel ver causa el hallar
suavidad en los amores,
y el conocer y el tratar.
Que por lo contrario, el ciego,
como yo á esa dama llego,
es en el deleite igual
á cualquier bruto animal.

URBÁN. Ese argumento te niego.
Que ese, en la imaginación,
fabrica un rostro no más;
mas si tú despierto estás,
mirando con atención,
mucho del vivo verás.
Hay ojos que en tales puntos
hacen fuego, y cuatro juntos
que cielo y tierra no ven.

CAMILO. Algunos habrá que estén
en ese tiempo difuntos.
¿Ella es moza?

URBÁN. No has de vella.

CAMILO. ¿Casada, ó doncella en duda?
¿Es viuda?

URBÁN. Es tal, que se muda
en casada y en doncella,
y otras veces en viuda.
Ni es viuda, ni casada,
ni doncella, ni violada
de alguno que la desdeña.

CAMILO. Desa suerte será dueña,
entre algodones guardada.
Válate Dios por señora,
si te acabo de entender,
engaño debe de haber,
cosa que fuese este ahora
algún hombre, y no mujer.
Pero ¿tan lindo era yo?
(Ap.) (¡Oh, qué tentación me dió
de quitarle el rostro á éste,
aunque la dama me cueste,
que tan poco me costó!)

Mas, gran deseo me inflama,
y este brío que hay en mí,
amigo, vamos de aquí,
á ver esa escura dama
de aquellas que nunca vi.

URBÁN. Poneos el capirote.

CAMILO. ¿Quién habrá que no me note
de loco?

URBÁN. Jamás lo fuiste.

Pónele el capirote á Camilo.

CAMILO. ¿Aún de bayeta le hiciste,
no fuera de chamelote?
¿Hay mucho que andar?

URBÁN. Gran rato.

CAMILO. Ahora llevadme al río,
y remojaréisme el brío.

URBÁN. Todo es verdad cuanto os trato,
no os enojéis, señor mío.

Sale OTÓN, y ase Camilo de la pretina á Urbán

OTÓN. Noche de estrellas vestida,
que mis pasos y mi vida
guías á la sepultura,
vuélvete negra y oscura,
porque algún favor te pida.
Porque aunque al campo he salido,
donde debiera el sosiego
templar este ardor tan ciego,
algo más anda encendido
con el desdén de mi fuego.

URBÁN. Un hombre hemos encontrado,
asidme de la pretina.

OTÓN. ¡Hola! ¿quién va, quién camina?

CAMILO. Yo vengo muy bien armado
sin ojos, como gallina.

OTÓN. ¿No respondéis?

CAMILO. Yo voy bueno.
¡Oh, si descargase el trueno!

URBÁN. Máscara soy.

OTÓN. Gentil loco.

URBÁN. Habemos bebido un poco,
y andámonos al sereno.
Echad, señor, por aquí.

CAMILO. ¡Oh, San Blas, sed en mi ayuda!

Vanse Urbán y Camilo.

OTÓN. Bravamente el vino muda,
y amor es lo mismo en mí,
por esta ingrata viuda.
Posible es que pueda aquésta
ser tan casta y tan honesta,
y tan Artemisa en fe,
y que á tanto hidalgo dé
un mismo no por respuesta.
No es posible, aquí hay maldad,
yo sospecho que es fingida
la santidad de su vida,
que suele la santidad
ser flaca y descolorida.
Viuda tan regalada,
y que come descansada
tres ó cuatro mil de renta,
tan moza, vive contenta
á la medianoche helada.
Que se encierre en lo postrero,
que tenga buena opinión
de que trata de oración,
¿qué importa, si el despensero
compra el pavo y el capón?
Aunque yo no he de dormir
cien noches, y he de acudir
todas á su calle y puerta;
y si alguno la despierta,
¡vive Dios, que ha de morir!
Ya el sufrir la escarcha helada,
aunque aquí poco se usa,
ó el sueño no se me escusa,
piedra soy de su portada,
como si fuera Medusa. *Vase.*

Salen LEONARDA, en traje galán, y JULIA

LEONARDA. Las telas y terciopelos
no sé si están bien colgados.
JULIA. Están, señora, extremados,
vuelve, por tu vida, y velos.
LEONARDA. En esta sala está bien
aquesta tapicería.
JULIA. Tenerla el virrey podría,
y aun el mismo rey también.
LEONARDA. Que á propósito es la historia
que es de Jacob el amor.
JULIA. Diversa, dirás mejor,
del fin de tu presta gloria,

que espero catorce años
lo que tú en un hora tienes.

LEONARDA. Plega á Dios que tantos bienes
no paren en tantos daños.
Urbán tarda, ¿qué haremos?

JULIA. Un poco puedes jugar.

LEONARDA. No le debió de agradar.
¡Ay, triste!

JULIA. No hagas extremos,
que no es esto de creer
de un mozo tan belicoso.

LEONARDA. ¡Ay, mira! que en ser hermoso
algo tendrá de mujer.
Cuanto más que qué Roldán
sufriera cubrirse así,
y á escuras venir aquí.

JULIA. Un mozo hidalgo y galán,
un mancebo varonil,
no, como otros, mujeriles,
con quien fuera el mismo Aquiles
ahora cobarde y vil.
¿Leandro no pasó el mar
dos mil veces, animoso?

LEONARDA. ¿No ves que eso es fabuloso
y después de ver y hablar,
y en la torre, contra el viento,
luz le solía encender,
y aquí no la ha de tener
dentro del mismo aposento?
¿Si dijeras el romano
que en un hueco se arrojó,
ó el que el puente acometió,
ó el que se quemó la mano,
aun aqueso verdad fué?

JULIA. Dame albricias.

LEONARDA. No lo creo.

JULIA. Ea.

LEONARDA. Toma aquel manteo,
Julia, que ayer me quité.

JULIA. ¿Es aquel de oro y morado?

LEONARDA. Dame la máscara presto,
y toma la tuya.

Salen URBÁN y CAMILO

URBÁN. Al puesto,
Camilo, habemos llegado.

CAMILO. Pues escalera subí,
ya estaré en el aposento.
LEONARDA. Dalde *(sic)* una silla al momento.
URBÁN. Asiéntate.
CAMILO. ¿Adónde?
URBÁN. Aquí.
CAMILO. ¿Quién es aquella que habló?
URBÁN. Mi señora.
LEONARDA. Y vuestra esclava.
CAMILO. Es la que de hablar acaba.
¡Oh, pesia á quien me parió,
el capirote me quito! *Quítasele.*
¡Por Dios! ¿A escuras estoy?
LEONARDA. Por eso licencia os doy,
y se os perdona el delito.
Dadme silla junto á él.
CAMILO. ¡Hay más lindo encantamiento!
LEONARDA. ¡Ay, señor, con vos me asiento!
CAMILO. Por Dios, que es hecho cruel.
Ya me enciende el corazón,
amor sin luz, pues no veo,
que ha tocado en el deseo,
como á piedra el eslabón.
Como el hombre que está á escuras
ya para encender la toca
fué en mi alma vuestra boca,
que ha dado centellas puras.
Yesca ha sido el corazón,
que era materia dispuesta,
y el golpe fué la respuesta,
y la lengua el eslabón.
Tengo una luz encendida
en el alma, que os ve y trata,
si el aire no me la mata,
de veros escurecida.
No os vea yo como ciego,
dentro en la imaginación,
porque parece invención
haber tinieblas y fuego.
Si no es mi fianza buena,
no se comience la historia,
y pues es limbo sin gloria,
no sea limbo con pena.
Sed vos, para que yo os vea,
como pintor extremado,
que aunque la noche ha pintado,
deja luz con que se vea.

Yo soy un hidalgo noble,
que si cara á cara os trato,
fío de mi honrado trato,
que os parezca bien al doble.
Esto he de alcanzar de vos,
ea, dadme aquella mano.

LEONARDA. ¿Mi mano? Tomad.

CAMILO. Ya es llano
que lo concedéis por Dios.

JULIA. A fe que no es necio el hombre.

URBÁN. Bien habla.

JULIA. Por lindo estilo.

LEONARDA. Pues por vida de Camilo.

CAMILO. Ese es, señora, mi nombre.

LEONARDA. Que no pienso que he hecho poco
en daros luego mi mano.

CAMILO. Digo que es bien soberano,
digo que me vuelvo loco.

LEONARDA. Decid, y paréceos bien,
no me la apretéis, Jesú.

CAMILO. Que la mano es de Esaú,
y la voz no sé de quién.

LEONARDA. Traigan luz por eso solo.

Va Julia.

URBÁN. Ya se descubre el farol.

CAMILO. Luz pido donde está el sol,
pues está eclipsado Apolo.

Sale JULIA

JULIA. La hacha está aquí.

CAMILO. ¿Qué es esto,
todos con máscara están?

LEONARDA. Tened las manos, galán,
que aquí no ha de haber mas que esto
en llegando á querer verme,
os harán dos mil pedazos.

CAMILO. En tal sagrado de brazos,
no podrán acometerme.
No por su miedo por Dios,
que pues vive, no le tuve,
mano y deseos detuve,
mas por mandármelo vos.
¡Qué bello cuerpo tenéis,
qué traje, y rico vestido,
con razón no he merecido
que en mi bajeza fiéis!

¡Bravas telas, y brocados,
bravos cuadros, y pinturas,
pero todo queda á escuras
con tales ojos cerrados!
¿Qué, no hay aquí quien me abone?
¿Quien me ama, no me fía?

LEONARDA. El alma se le confía,
vuestra merced me perdone.
Que cuando de su lealtad
más experiencia se tenga,
haremos que á casa venga
con más luz y claridad.
Siéntese y no se alborote.

CAMILO. Si la cara no he de ver,
tornadme, amigo, á poner
pigüelas y capirote.
Más valdrá, para estar quedo,
no tener ojos ni oídos,
porque se van los sentidos
tras aquello que ver puedo.
En descubriendo el halcón,
para que la caza vea,
ya está cierta la pelea,
y es suyo aquel corazón.
Pero aquí, después de vella
con alguna claridad,
le quitan la libertad
de poder volver tras ella.
Y aun hay otra condición
en esta caza encubierta,
que va la perdiz cubierta,
y descubierto el halcón.
Aquí, de Dios, mi señora,
vos habéis de permitir
que quien os merece oir
no os merezca ver ahora.

LEONARDA. Ahora bien, tráiganle aquí
un poco de colación,
con que amanse el corazón.

Va Julia por colación.

CAMILO. ¡Qué colación, pesia á mí!
¿Cómo tengo de comella,
si eso mismo se me abrasa,
á doyme á Dios con la casa,
que aún no hay una cara en ella?
¿Qué fianzas me habéis dado

para comer satisfecho,
que no es veneno?

LEONARDA. Ese pecho
que me habéis enamorado.

CAMILO. Ligero argumento hacéis,
id á una tienda embozada,
y veréis si os fían nada,
por más que el pecho mostréis.
Yo soy aquí mercader,
vos quien rebozada llega,
luego bien la vida os niega
el que no os merece ver.

LEONARDA. Camilo, no os aflijáis
de verme esconder así,
que hay partes, señor, en mí
que vos ahora ignoráis.
Yo os vi, y el alma os rendí.
de suerte en cierto lugar.
que no me escuse de dar
fin á mi cuidado así.
Este remedio busqué
para que entréis donde estáis,
y para que no digáis
con quién ni en qué parte fué.
Si pensáis que aquesto ha sido
no tener crédito en vos,
bien quedará entre los dos
averiguado y reñido.
Joyas os daré en valor
de dos mil ducados.

CAMILO. ¿Buenas?

LEONARDA. ¡Hola! Dadme esas cadenas,
y ese brinco, Dios de amor.
Dame.

CAMILO. Paso, no pidáis
eso, que me dais enojos,
más quisiera vuestros ojos.
que cuantas joyas me dais.
Diéradesme esos zafiros,
y los rubíes y perlas
desa boca, que por verlas
pudiera con más serviros.
También hay oro en mi casa,
gracias á Dios, no soy pobre.

LEONARDA. Deseo que más os sobre,
que de Oriente á España pasa.
Pero, por señal de amor

esta sortija tomad,
que en vos tendrá calidad.

CAMILO. Y ésta en vos tendrá valor.
Servíos de que en mi nombre
la traiga esa blanca mano.

Sale JULIA con la colación

JULIA. La colación viene.

CAMILO. En vano
viene, á fe de gentilhombre.
Que no tengo de comer.

LEONARDA. A lo menos el probar
no lo podéis escusar,
que soy honrada mujer.

CAMILO. ¿Es lo del veneno?

LEONARDA. Sí,
por mi vida, que probéis.

CAMILO. Si ese juramento hacéis,
haya mil muertes aquí.
Quiero tomar el veneno
que Alejandro del doctor,
que donde la fe es mayor
no le hace el daño ajeno.

URBÁN. ¡Oh, lo qué sabe de historia!

JULIA. En verdad que es muy leído.

URBÁN. No lo toméis tan polido,
que en verdad que es zanahoria.
Entro, y la bebida saco. *Vase.*

CAMILO. Donaire tiene, por cierto,
pero hagamos un concierto.

LEONARDA. Es discreto y es bellaco.

CAMILO. Si esto pasa entre los tres,
que sois vos, y estos criados
para hablar, ó ser llamados,
sin nombres, trabajo es.
Quiéroslos poner fingidos,
que yo así me entenderé.

Sale URBÁN con la bebida

URBÁN. Bebed.

CAMILO. Luego beberé.

URBÁN. Bebed.

JULIA. Están divertidos.

URBÁN. Estos mozos confitados,
todo almíbar y jalea,
que no hay ninfa que tal sea

de boca y dedos mirlados,
me hacen perder el seso.
Bebed.

CAMILO. Mostrad. Beberé.

URBÁN. ¡Qué poco, y qué á tiento fué!
Diga, y ¿haràle mal eso?

CAMILO. Tras tanta plata, ¿qué espero?
No me muestren más, señora.

URBÁN. Haga melindres ahora,
haréle después un cuero.
Pues está ya por mi ama,
y ésta, Camilo, por vos,
ésta, Julia, por los dos,
que bien bebe quien bien ama.

LEONARDA. Escucha, ó vete de ahí.
¿Qué nombre nos quieres dar,
para podernos llamar?

URBÁN. Escucho. Esta va por mí.

LEONARDA. ¿Cómo me pensáis llamar?

CAMILO. A vos os llamo Diana,
y está la razón muy llana.

LEONARDA. Esa, podéis declarar.

CAMILO. ¿No es luna, y alumbra?

LEONARDA. Sí.

CAMILO. ¿No se escurece y desdora?

URBÁN. ¡Oh, qué bien!

LEONARDA. Escucha ahora.

URBÁN. Escucho, ésta va por mí.

CAMILO. Vos tendréis Iris por nombre,
que es de Diana mensajera,
y vos, Mercurio.

LEONARDA. Pudiera
darse á todos mejor nombre.

URBÁN. En fin, que Mercurio á mí.
¿Baco no fuera mejor?

JULIA. Escucha un poco, hablador.

URBÁN. Escucho, ésta va por mí.

LEONARDA. Ya es tarde, y es bien que os vais,
que hablando no se ha sentido
tiempo y noche que han corrido.

CAMILO. ¿Que al fin, cubierta os quedáis?

LEONARDA. Noches quedan, mi Camilo,
esto por ahora baste.
Llévale donde le hallaste,
¡hola! por el mismo estilo.

URBÁN. Encajaos el capirote.

CAMILO. ¿No os he de abrazar primero?

LEONARDA. Sí, por cierto.
CAMILO. ¡Ah, bien ligero
paso!
URBÁN. Alto sois de cogote.
LEONARDA. Pues, necio, así le lastimas.
URBÁN. Nunca vos haréis buen son,
bendiga Dios buen bordón
que dura por treinta primas.
Asid la pretina bien.
CAMILO. A Dios, señora Diana.
LEONARDA. ¡Ay, cuánto tarda mañana!
Descúbrome.
JULIA. Yo, también.
Entra á recogerte luego.

Vanse.

CAMILO. Bueno voy. ¡Ah, ciego amor!
URBÁN. ¿Y voy acaso mejor?
¿Quién manda rezar al ciego?

Vanse.

Sale VALERIO, de noche

VALERIO. ¿Sospechas que al más cuerdo enloquecistes
y en el más escogido entendimiento
representastes más quimeras varias
que la imaginación profunda suele,
del pintor que diseña alguna máquina,
ó el poeta que traza algún discurso,
dónde lleváis mi loca fantasía
á desvelarse, cuando todos duermen?
Ya el estrellado carro, con su guía,
parece que se humilla á su descanso,
y declinando van las seis hermanas,
con la que entre ellas vergonzosa vive,
y yo, solicitado de vosotras,
no como estrella estoy en luz ardiendo,
mas como fuego del eterno abismo
por donde dicen que encendido sale,
cuyas bocas jamás de darle cesan,
háseme puesto, y no será por dicha,
en la imaginación que está Leonarda
entre aquellas imágenes y libros,
alguna tiene aparte á quien adora;
noche, si está allá dentro algún dichoso,
hazle salir, con dar lugar al alba;
mas, ¿cómo podré yo saberlo solo,
siendo esta casa como un tiempo Tebas,

que se ilustraba de cien puertas grandes?
Gente viene, tomemos esta esquina
de la portada, á ver dónde camina.

Sale OTÓN, de noche, y arrímase Valerio á una parte

OTÓN. Cierta cuestión de amigos y parientes
me ha detenido, perdonadme, calle,
y vos también, ventana venturosa,
si he tardado en venir á saludaros.
¡Ah, mi ventana! ¿Quién de vos supiera
si ha salido por vos algún suspiro,
que entrado, yo aseguro que son tantos.
que no son más de Abril las varias flores,
ni las perlas que el alba entonces vierte?
¿Cuántos Isis colgados de esas rejas,
que no merecen de un cabello solo,
piden al cielo que convierta en mármol
aquella que de mármol tiene el pecho?
También, vos, puerta; mas ¿qué es esto? ¡ay triste!
¿qué sombra es esta, ó qué nueva coluna?
¡No en balde el corazón me lo decía,
y esta noche el venir solicitaba!
¿Será, por dicha, aqueste el venturoso
que de la viuda posesión merece?
¿Qué le diré, qué haré? ¡Viven los cielos,
que se ha de conformar la arquitectura,
y que han de estar los mármoles iguales!

Sale LISANDRO, de noche, y arrímase Otón á la otra parte

LISANDRO. Viuda, así os guarde Dios,
que puesta á aquesa ventana,
lo que hay de aquí á la mañana
quisiera pasar con vos.
El sí que á todos negáis,
decidme en qué no consiste,
santa y moza, alegre y triste,
zagala no me agradáis.
Este ser vos tan discreta
hace á mil necios pensar
que os debe de regalar
alguna prenda secreta.
Para que esto no se vea,
¿qué importa que os encerréis,
si las veces que queréis
vais y venís á la aldea?

Este campo y soledad,
estas huertas y jardines,
sin abrir á los maitines,
abren franca libertad.
Viuda, ya no hay quien crea
que estáis sin dueño secreto
del alma, porque, en efeto,
andáis triste y no sois fea.
Mujer bella, rica y moza,
que basta, libre y mujer,
yo no tengo de creer
que no se regala y goza.
Porque aunque más me digáis,
huyendo segunda boda,
que sois Angélica toda,
doyme á Dios si vos no amáis.
¿Que tan desvanecido hablase al aire,
que apenas reparase en que podía
ser escuchado destas vivas sombras?
¡Oh, casa, del mayor peso del mundo,
ya os arriman gigantes á la puerta,
ya están vuestras colunas revestidas,
de noche guardas á las puertas, bueno!
A fe que adonde tantas guardas ponen,
que hay escondido algún tesoro rico,
si asisten al sustento de la casa.
Sirvamos todos de estantales juntos,
y pues el irme es casa sin remedio,
hayan lugar, que yo me pongo en medio.

Pónese en medio de Valerio y Otón.

Sale un ALGUACIL con linterna, CRIADOS, y un ESCRIBANO

ALGUACIL. Lindo salto se hizo en los del juego.
ESCRIBANO. Y qué hermoso dinero se paraban.
ALGUACIL. Aún esta casa tiene más secretos,
que se da de comer y entran mujeres,
yo les haré una información que salten.
¡Gente hay en esta puerta! ¿Quién va? ¡Ténganse
al rey!
OTÓN. Tenidos somos, no nos meta
la linterna en los ojos.
ALGUACIL. He de verlos,
y desarrebozarlos treinta veces.
VALERIO. Mire que somos caballeros.
ALGUACIL. Créolo.
mas yo he de verlos por mis propios ojos,

que suelen engañarnos por momentos;
ea, que es ya...

LISANDRO. Suplícoos que sea aparte.

ALGUACIL. No ha de ser sino aquí, por Dios, descúbrase.
¡Señor Otón, Lisandro, y vos, Valerio!
¿los nombres no pudiérades decirme?

OTÓN. Convínome callarle.

ALGUACIL. Y á mí, y todo,
mas yo me huelgo deste desengaño.

VALERIO. Y yo he tenido por dichosa suerte
saber así lo que saber temía.

ALGUACIL. Desa manera puedo estar seguro
que no he dado disgusto.

LISANDRO. Antes quedamos
en mucha obligación.

ALGUACIL. Yo soy quien debo.
¿Vuesas mercedes quieren compañía?

OTÓN. Quedarnos cumple aquí.

ALGUACIL. Pues, á Dios, vamos.

Vase.

LISANDRO. Que siempre en todo juntos nos hallamos.

VALERIO. Otón es bravo arquitecto.

OTÓN. Y á Valerio ¿qué le falta?

LISANDRO. Para portada tan alta,
los tres hicimos efecto.
Pero túveos mil ventajas.

VALERIO. ¿Estar en medio son mil?

OTÓN. Si no viene el alguacil,
todos nos hacemos rajas.

LISANDRO. Consuélome que los tres
fuimos necios por extremo.

OTÓN. Dar aquese nombre temo
á lo que locura es.
Pero cuando aqueso fuera,
el más necio fuiste vos,
que os metisteis entre dos.

LISANDRO. Y entre ciento me metiera,
aunque fuera Rodamontes.

OTÓN. Ea, león.

VALERIO. No es burlando,
que puede, como otro Orlando,
romper árbolos y montes.

LISANDRO. La necedad en su punto
fué aquello del estampero,
cuando Otón, hecho librero,
entró con Valerio junto.

OTÓN. Con máscaras no llegamos
hasta la puerta.
VALERIO. Esperad,
que de aquesta necedad
iguales partes llevamos.
Que él vino de buhonero
con mil rosarios allí,
y no le abrieron.
OTÓN. ¡Ah, sí!
pues darle el parabién quiero.
LISANDRO. Pues si todo se ha sabido,
por necios todos quedemos,
y el propósito mudemos
en quien la ocasión ha sido.
¡Que habrá bien que murmurar!
OTÓN. Si va de murmuración,
yo diré á qué vino Otón
esta noche á este lugar.
VALERIO. Fué á saber si aquella puerta
á algún dichoso se abría.
OTÓN. A eso, por Dios, venía.
LISANDRO. Téngolo por cosa cierta,
porque yo vine á lo mismo.
VALERIO. ¿Y á mí qué pudo traerme,
sino el ver lo mismo, y verme
en este celoso abismo?
OTÓN. Ya que no habemos hablado,
confórmese el amistad
contra la fiera crueldad
deste ingrato pecho helado.
De su deshonor tratemos,
y que pierda la opinión.
LISANDRO. ¡Oh, qué bien ha dicho Otón!
¿Qué venganza tomaremos?
Pero ¿sabéis qué he pensado,
y nunca lo dije en duda?
VALERIO. ¿Qué?
LISANDRO. Que tiene esta viuda
galán en casa encerrado.
Que este no acudir á ver
ninguna cosa de fuera,
¿si en casa no le tuviera,
cómo se pudiera hacer?
Mujer sola, libre y rica,
y que á tantos ha negado,
á fe que hay algún criado
que al lado de noche aplica.

Y entre los que tiene, Urbán,
que es bellacón y discreto,
tengo sospecha, en efeto,
que hace oficio de galán.
Porque no se aparta della
y anda bien puesto y vestido,
siempre se burla atrevido
y habla en secreto con ella.

OTÓN. ¡Vive Dios, que ahora he caído
en una maldad tan clara!
Yo le cortaré la cara,
ó no seré bien nacido.
¿Quién duda que esto es así?

VALERIO. Yo soy de ese parecer,
que cosas le he visto hacer
de que sospechoso fuí.
Y desde aquí le prometo
una grande cuchillada.

LISANDRO. Dejad algo si os agrada
para el dueño del secreto.
Que también le he yo de dar
una en medio de esas dos.

OTÓN. Amanecido ha, por Dios,
¡qué dulce es el murmurar!
Vamos, y hablémonos hoy.

VALERIO. En matarle, me reporto.

LISANDRO. ¡Qué narices que le corto!

OTÓN. ¡Qué cuchillada le doy!

Vanse.

Sale LUCENCIO con una carta, y ROSANO, forastero

LUCENCIO. Hela leído, y entendido todo,
y contiene que Ercino me da un yerno
para Leonarda, encareciendo el modo
de su nobleza, término y gobierno.

ROSANO. No le aventaja en la sangre el godo,
y en gentileza de mancebo tierno
el mismo Adonis, Píramo y Narciso,
ni el más discreto en discreción y aviso.
Como el gallego escribe, tañe y danza
como otro Julio, y porque más le alabe
de retratar como Guzmán alcanza,
aquella parte que á milagros sabe.
Esgrime como el célebre Carranza,
su oficio es secretario del más grave
príncipe de la corte, donde vive
con gallarda opinión.

LUCENCIO. Así lo escribe.
¿Cuándo saliste de Madrid?
ROSANO. Sospecho
que habrá tardado solos cuatro días.
LUCENCIO. ¿Hay nuevas?
ROSANO. No sé cosa de provecho;
pero mucho del caso te desvías,
muéstrame en el más descubierto pecho,
si acaso de mi crédito le fías,
y muéstrame esta viuda, porque el vella
me importa, para darle nuevas della.
Encargáronme mucho que la viese,
que allá tiene gran fama de hermosura.
LUCENCIO. Eso podría ser si ella quisiese,
mas es más que su fama su clausura,
y aunque de oirlo por ahora os pese,
sabed que es la mujer más bronca y dura
que ha criado la sierra más fragosa,
supuesto que es discreta, y que es hermosa.
Ha un mes, y más, que ya no la visito,
sobre esto de tratarle casamientos,
que de mi enojo y suyo en esto quito
malas palabras y desabrimientos,
y si el de aquese hidalgo solicito,
serán, sospecho, vanos pensamientos,
porque, quien no se casa aquí en Valencia,
menos hará para Madrid ausencia.
Con todo eso, diligencia haremos.
ROSANO. Mucho me habéis, señor, desconsolado,
pero será razón que lo intentemos,
por que diga, aunque mal, que he negociado.
LUCENCIO. Digo que ordenaré de que hoy la hablemos,
que siempre á Ercino estuve yo obligado.

Salen CAMILO y FLORO

FLORO. Prosigue, por tu vida, tan buen cuento.
LUCENCIO. Gente es esta, no entienda nuestro intento.
Vanse Lucencio y Rosano.
CAMILO. Después de la primer noche,
como te he contado, Floro,
en que, como halcón y ciego,
ciego fuí siguiendo á otro,
otras seis ó siete fuí
por el mismo estilo y modo,
hasta que al fin la gocé,
sin más luz que de los ojos.

No había pájaros destos
que de noche vuelan solos,
cuyos ojos no envidiase,
por ver lo que á tiento adoro.
Hela cobrado afición,
sin ver mas que lo que toco,
de tacto como los ciegos,
que es peregrino negocio.
He hecho cosas por verla,
que no pienses que soy corto,
que hubieran estremecido
un indio, un bárbaro, un monstruo.
Ya fingiéndome morir,
con suspiros y sollozos,
ya jurando de no vella,
con juramentos y votos.
Pero ni por mis ternezas,
ni por mis rabias y enojos,
se ha dejado ver, y así,
estoy encantado y loco.

FLORO. ¿Cómo no? Gracioso cuento.
Lleva tú luz encendida.

CAMILO. Podráme costar la vida,
Floro, aqueste atrevimiento.
Que si Psiquis vió al Amor,
á quien á escuras gozaba,
perdió la gloria en que estaba
y negoció su dolor.

FLORO. Pues ¿qué has de hacer encantado,
enamorado sin ver?

CAMILO. Imitar á Amor, y ser
sin ojos enamorado.

FLORO. ¿No puedes llevar un hueso
con que la puerta señales?

CAMILO. Tiene el hombre industrias tales
que me hace perder el seso.
Fuera de la puerta estoy
y diré que estoy en casa.

FLORO. Un coche de damas pasa.

CAMILO. Y baja, á fe de quien soy,

Salen LEONARDA y JULIA, con mantos.

dél una hermosa viuda.

FLORO. Y no es mala la criada.

LEONARDA. ¡Esta huerta es extremada!

JULIA. ¡En ningún tiempo se muda!

LEONARDA. ¡Julia, Camilo es aquél!
JULIA. ¡Ay, señora! Ya le vi.
CAMILO. ¿Hay algo en que os sirva aquí?
LEONARDA. *(Ap. á Jul.)* ¿Hablaréle?
JULIA. Habla con él.
Que todo el campo está solo.
LEONARDA. Yo os agradezco el favor.
CAMILO. Débese á vuestro valor,
como aquesta luz á Apolo.
Y á ella misma os comparo,
porque es lo que más deseo
de cuanto veo, aunque veo
pocas veces mi bien claro.
Pero, en fin, la luz es cosa
de tanta estima, que al suelo
no la ha dado igual el cielo,
después de haceros hermosa.
LEONARDA. Mucho la luz estimáis,
para no ser ciego.
CAMILO. Nace
de una falta que me hace,
que no es bien que la sepáis.
LEONARDA. Ello se entiende, ¿es de amor?
CAMILO. Pues más os espantaréis,
si de mi dama sabéis,
que ese mismo resplandor.
LEONARDA. ¿Es por encarecimiento?
CAMILO. No, sino porque es Diana,
tan divina y soberana
que no la veo y la siento.
LEONARDA. ¿Cómo Diana, la Luna?
CAMILO. La propia.
LEONARDA. Pues no andáis bien,
que ésta mil vistas la ven,
mas no la toca ninguna.
CAMILO. Pues yo la toco sin vella.
LEONARDA. Sin duda os tengo por loco.
CAMILO. Sí, pues á escuras la toco,
y me he enamorado della.
LEONARDA. ¿Y esa Luna veos á vos?
CAMILO. Ella lo afirma, y es fe
que cada día me ve,
mas yo no la veo, ¡Dios!
LEONARDA. Pues os ve, no lo dudéis,
sino que está enamorada.
CAMILO. Pienso que de mí se agrada.
LEONARDA. Y en los efetos lo veis.

¿Hay mujer por quien ahora
la dejásedes?

CAMILO. Me agravio
de que ponga vuestro labio
tal duda en mi fe, señora.
Si un ángel de hermosa fuese,
y una romana en valor,
no es posible que el amor
á mi imposible perdiese.

LEONARDA. Si la viésedes, yo os juro
que os trocase el desengaño.

CAMILO. Bien puedo estar dese daño
por muchas causas seguro.
que con las manos la tiento,
y la frente es extremada,
la nariz perficionada,
que es de un rostro el fundamento.
Los ojos son relevados,
que es señal que buenos son,
todo esotro es perfección,
cuello y pechos extremados,
entendimiento y donaire
es locura hablar en ello,
que no falta más de vello
para dar el seso al aire.
Pues una Iris que tiene
y un Mercurio, embajador,
no tiene el mundo valor,
cuando de su cielo viene.

LEONARDA. Vos sois extraño galán,
nunca tal oí decir.

CAMILO. Ni á nadie he visto sufrir
la escuridad que me dan.
Y aunque, en parte, mi alegría
con este rigor se aniebla,
más quiero yo mi tiniebla,
que alguno estima su día.

LEONARDA. ¿Y cómo os llaman?

CAMILO. Camilo.

LEONARDA. Es justo saber el nombre
de un más que Amadís, de un hombre
que ama por tal estilo.
Ahora bien, por muchos años
vuestra Diana gocéis.

CAMILO. Si vivo, no lo dudéis,
á pesar de sus engaños.

LEONARDA. A Dios, escuro galán.

CAMILO. El un rico esposo os dé.
FLORO. Diga, ¿hablarla no podré
esta noche en el zaguán?
JULIA. Vivo junto á la Zaidía,
no quiera dama tan lejos.

Vanse Leonarda y Julia.

FLORO. Hablado habéis como viejos,
¿qué ocasión ésta, qué día?
¿Por qué no la requebrabas,
que es una viuda bella,
que andan mil muertos por ella?
CAMILO. En mi pensamiento estabas.
Por ella, ni otras más bellas,
respeto de mi sujeto,
no se me da, te prometo,
lo que por mí. Floro, á ellas.
Esta no vale dos clavos,
ni cuantas puedes nombrar,
porque es querer comparar
los reyes con los esclavos.
Yo te digo que la mía
es algún ángel sin duda.
FLORO. ¿Tan mala era la viuda?
CAMILO. Así, así, pasar podía.
FLORO. A mí, bien me pareció.
CAMILO. ¡Ah, Floro, si aquesta vieras,
qué bien que la encarecieras!
FLORO. La viuda tomaba yo.

Sale URBÁN, con la espada desnuda, retirándose de OTÓN, LISANDRO y VALERIO

URBÁN. ¿Tres hombres uno solo?
OTÓN. Muera el perro.
URBÁN. ¿No me diréis qué ofensa os hice?
VALERIO. Muera.
CAMILO. Paso, señores, ténganse, ya basta,
si estar yo de por medio en cortesía
de caballero recibirse suele,
Camilo soy, y amigo soy de todos.
FLORO. Ponte detrás.
URBÁN. Vinieran uno á uno.
OTÓN. El tuvo en vos, Camilo, buen padrino,
que es un lacayo vil, desvergonzado.
CAMILO. No haya más, por mi vida, que por dicha
¿no os habrá conocido?

VALERIO. Basta y sobra,
quererlo vos.
LISANDRO. ¿Mandáis en qué sirvamos?
CAMILO. Quedo en obligación notable.
OTÓN. Vamos.

Vanse Otón, Lisandro y Valerio.

CAMILO. Decid, hombre del diablo, ¿qué habéis hecho
á aquellos caballeros?
URBÁN. Buen Camilo,
después de echarme á vuestros pies, os juro
que ni en obra, palabra ó pensamiento
los ofendí jamás.
CAMILO. Pues, ¿sin ofensa,
caballeros mataban en cuadrilla
un hombre solo? No es posible.
URBÁN. Es cierto,
y puede ser que se hayan engañado,
y teniéndome á mí por otro.
CAMILO. Créolo.
FLORO. En gentil escampado os la juraban.
CAMILO. Vamos con él hasta su casa, Floro.
URBÁN. Hasta la puerta de la ciudad basta.
FLORO. A mi señor estáis bien obligado.
URBÁN. *(Ap.)* Si se lo debo bien, se lo he pagado.





JORNADA TERCERA

Sale CAMILO, y CELIA, dama, con manto

CAMILO. Calla y déjame.
CELIA. ¿Que calle?
CAMILO. Después iré.
CELIA. No hay después.
CAMILO. ¿Tan loca estás que no ves,
Celia, que estás en la calle?
CELIA. En la calle, y dondequiera,
tengo por cuerda razón
que se entienda tu traición.
CAMILO. Templa el enojo y espera,
hablemos de suerte aquí.
que quien pasa no lo entienda,
y suéltame ya.
CELIA. ¿Qué prenda
me tienes dada de ti?
Malas noches, malos días,
palabras, celos y rabias,
y aún de que ya no me agravias
nacen estas ansias mías,
que tan malo te quisiera.
¡Mira cuál estoy, traidor!
CAMILO. Ir allá será mejor,
ve, Celia, á casa, y espera,
que hay mucho que averiguar,
y en la calle no estás bien,
fuera de que á mí me ven,
y tengo que negociar.
CELIA. ¿Tú á mi casa? Pues no has ido
en dos meses, y tan loca

me ves, que cree tal boca
á corazón tan fingido.
No, amigo, que si se escapa
será andarme tras el viento.

CAMILO. Tenme por tu fe con tiento,
que me has rasgado la capa.

CELIA. Ese corazón quisiera,
donde tal dureza cabe.

CAMILO. Ya fué para ti suave,
ya tu voluntad de cera;
pero hay hombres que desean
no tener común el bien;
pero advierte que nos ven.

CELIA. Mucho teme que le vean,
calle, no se le dé nada,
y amartelaráse ahora,
si no lo está la señora
que nuevamente le agrada.
Y cuando riñan un poco
por celillos, bien sabrá
dar satisfacciones ya.

CAMILO. Tú quieres volverme loco.

CELIA. Quién duda que le diría:
persígueme esta mujer,
pero no la puedo ver,
por tu vida, y por la mía.
Y no hay de qué recelarte,
que haré que delante esté
viendo que te beso el pie.

CAMILO. ¿Quieres dejarme y cansarte?
¿Esto no era ya acabado?

Salen LEONARDA y JULIA, con mantos

JULIA. Muy tarde y sola has salido

LEONARDA. Por tarde que es no ha venido
Urbán.

JULIA. Mucho se ha tardado.
Pero ¿por qué no quisiste
el escudero, declara?

LEONARDA. Por no vell aquella cara
tan melancólica y triste.
¡Ay, Julia, más lo es mi muerte!

JULIA. ¡Jesús, señora! ¿Qué has?

LEONARDA. ¡Ay, Julia!

JULIA. ¡Qué muerta estás!

LEONARDA. ¿Y es mucho, viendo mi muerte?

JULIA. Mira que no es tan de noche,

calla, ó cúbrete la cara,
todo aquesto se escusara
si hubieras venido en coche.
¡Ay, amarga, que ya veo
de adonde el aire te vino!

LEONARDA. Galardón es este, digno
de mi loco y mal deseo.
¡Oh, quién no te conociera
como tú á mí, pues así
como no me ves á mí,
te gozara y no te viera!
¡Fiad de los juramentos,
de las palabras y votos,
pero son papeles rotos
que se entregan á los vientos!
¿Quién le oyó que no quería
otra en el mundo?

JULIA. Y bien jura,
que dice de noche escura,
y ésta querrála de día.
Mira, señora, no creas
que sin dejarte mirar,
has de poder conservar
un hora el bien que deseas.
Por la vista entra el amor,
que por las manos no puede.

LEONARDA. ¿Y el oir?

JULIA. Eso se quede
para un amante hablador.
Sigue un hombre oyendo hablar
un rebozo, aunque no vea,
y en viendo que es mujer fea,
al diablo la quiere dar.

CAMILO. *(A Cel.)* Di, veamos qué te debo,
que yo te satisfaré.

CELIA. *(A Cam.)* Lo primero una gran fe,
que es en nosotros muy nuevo.
Luego, con mucha lealtad,
no conocer otro gusto,
y en la mía muy al justo
vestirme tu voluntad.
Pasar mil noches al hielo,
esperándote á una reja,
sufrir voces de una vieja,
y aún ¡ay! del brazo y del pelo.
No te haber jamás faltado
cosa que hayas querido.

CAMILO. Todo eso te ha servido,
con haberte regalado.
Algún dinero me cuestas,
y galas las que tú sabes.

CELIA. Palabras, por cierto, graves,
y en tu hidalga boca honestas.
El cofre abriré, no quiero
cosa tuya, venga Floro,
llévelo, y aún darte en oro
eso que me has dado espero.
Hermosas galas, en fin:
una triste basquiñuela,
con dos fajuelas de tela,
un amargo faldellín.
¡Qué sartas de perlas grandes,
qué cadenas me ponías,
qué ricas tapicerías
de las mejores de Flandes!
¡Qué casa que me has labrado,
con jardín, reja y balcón!
Y tiénenla mil que son
esterillas de mi estrado.
Con quien, ya que se me aleja,
aqueste tiempo empleara,
que á lo menos no quedara.
Ya que sin paga, sin queja,
hallaríasme muy rota,
muy pobre, muy despreciada,
cuando te di en casa entrada.

LEONARDA. ¿No ves cómo se alborota?
¡Oh, quién lo que hablan oyera!

JULIA. ¿No era mejor irte á casa,
que no esperar de quien pasa,
que alguno te conociera?
Fuera desto, ya anochece.

LEONARDA. Eso, y estar tapada
hace que no importe nada.

JULIA. Mas los celos, me parece,
en mi vida lo pensara,
que por tales aventuras,
dama que se goza á escuras
fuera con celos tan clara.

CELIA. ¡Hombre, yo!

CAMILO. Sí, Celia, tú.
y pues que me he declarado,
déjame.

CELIA. ¡Ya estás dejado,
Jesú, qué maldad, Jesú!
CAMILO. Santíguate con cien manos.
CELIA. Con testimonios me dejas,
quédate á Dios, no más quejas. *Vase.*
CAMILO. Testimonios son bien llanos.
¿Es posible que se ha ido?
LEONARDA. ¿Qué le digo?
CAMILO. ¿A mí embozadas?
LEONARDA. No somos tan declaradas
como esa necia lo ha sido.
¿Es acaso la Diana,
que dijistes en la huerta?
CAMILO. Esta viudilla anda muerta
por ser conmigo liviana.
Suplícoos que os destapéis,
porque no lo parezcáis.
LEONARDA. Huélgome que lo que amáis
tan presto lo aborrecéis.
CAMILO. Son esas divinidades,
acá ciertas fantasías,
son unas noches sin días,
y unas mentiras verdades.
Son unos gustos inciertos,
y un buen manjar sin sazón,
una fiesta en confusión,
y unos sueños que son ciertos.
Es andar de noche en huertas,
es lo no visto fingir,
y es contar y recibir
dineros á luces muertas.
Si vos me queréis á mí,
dormirá un poco Diana,
porque es noche sin mañana,
y se quiere mucho á sí.
Quiere que la amen por fe,
cual si el cielo hubiera sido,
y es, en efeto, sonido,
que se oye y no se ve.
LEONARDA. Sin duda que la habéis visto,
y os habéis desengañado.
CAMILO. Antes por no haber mirado
á mi obligación resisto;
si la viera como á vos,
y bella como vos fuera,
no dudo que la quisiera.
LEONARDA. ¿Y de veras?

CAMILO. Sí, por Dios.
Porque sois vos una perla,
y me he de cansar al cabo,
de ser de una dama esclavo
que no me consiente el verla;
porque yo, mi mocedad
he de pasar por su gusto,
con este censo, y disgusto,
guardando su honestidad.
Si teme ser descubierta,
con otras que el vulgo infama,
ó estima tanto su fama,
ponga un gigante á la puerta.
LEONARDA. Vos lo habéis dicho muy bien;
pero porque gente viene,
que os vais, señor, me conviene.
CAMILO. ¿Pues tan presto tal desdén?
Por tenerme por mudable,
sin duda me despedís.
LEONARDA. Que os vais, digo, ¿no me oís?
CAMILO. Voyme, viudilla intratable. *Vase.*
LEONARDA. ¡Oh, traidor, que no bastaba
la ofensa que aquí me hacía,
que requebrarme quería.
JULIA. De desengañarte acaba.
No ha sido malo el sermón,
si le sabes entender.
LEONARDA. Mejor me lo supo hacer,
que si viera la ocasión.
Muda quedo, que no supe
hablar.
JULIA. Fué sermón muy alto.
LEONARDA. Un súbito sobresalto
no hay sentido que no ocupe;
aquesta noche, y no más,
aunque por lo comedido,
verás cómo le despido.
JULIA. Y desto, ¿qué le dirás?
LEONARDA. ¿Yo le había de hablar desto?
¡Qué donosa necedad!

Sale URBÁN

URBÁN. No ha quedado en la ciudad
otra calle, ni otro puesto,
dos veces á casa he ido,
por si hallá hubieras llegado.

LEONARDA. Harto bien te has disculpado,
un día que á pie he salido.
Esta noche llamarás
aquel galán de la puente.
URBÁN. Harélo liberalmente.
LEONARDA. Tú, Julia, cuenta tendrás
de la puertecilla falsa.
URBÁN. Tu tío, en casa te espera.
LEONARDA. Bien, porque pena tan fiera
no la comamos sin salsa.
URBÁN. Con él está un forastero
de Madrid.
LEONARDA. ¿A qué ha venido?
URBÁN. No sé.
LEONARDA. ¡Cielos, dadme olvido,
si aquesta noche no muero!

Vanse.

Salen LISANDRO y OTÓN, de noche

LISANDRO. Ya que la noche nos da
lugar á nuestra porfía,
¿cómo, Otón, de pena os va?
OTÓN. No basta ser pena mía,
con eso entendido está.
¡Qué dolor al mío se iguala,
pues á la cosa más mala
me ha traído mi furor!
LISANDRO. ¿Cómo?
OTÓN. A mi competidor
hace favor y regala.
LISANDRO. Cansada está la paciencia
de sufrir celos y agravios,
cuando es paz la competencia,
mas sabed que es de hombres sabios
esa cuerda diligencia.
OTÓN. No estoy deso arrepentido,
pero muy necio y corrido
de que quite aqueste Urbán
á tanto mozo galán
galardón tan merecido.
Yo soy un hombre arriscado,
y aunque hubiera cien Camilos
para su defensa y lado,
una vez fuera los filos,
él volviera colorado.
¿Este Camilo quién es,
que así trata del arnés?

Bueno es tener respeto
á un hombre, mas yo os prometo
que me arrepentí después.

LISANDRO. No os pese que aquesta puerta
no pienso que ver se espere,
noche oscura ó clara, abierta,
que el que por ella saliere
no vuelva la cara abierta.
Este es Valerio en el talle.

OTÓN. Y fuera bueno dejalle,
á que en un punto se armara.

Sale VALERIO

VALERIO. Mas que el enemigo entrara
por la boca de la calle.

OTÓN. A propósito responde,
no me digas de Gradaso,
ni del Orlandino conde,
que guardaran este paso,
como los dos.

LISANDRO. Sentaos.

OTÓN. ¿Dónde?

LISANDRO. En aquese perro suelo,
cada cual en su herreruelo,
y á su lado la rodela.

VALERIO. Esta noche poco vela
la blanca luna en el cielo.

OTÓN. Andará como la viuda,
con los cercos de humedad,
es para llover sin duda.

LISANDRO. ¿No hubiera en esta ciudad
una hechicera barbuda?

VALERIO. ¿Para qué?

LISANDRO. Para que hiciera
que por treinta se muriera.

OTÓN. Pero, para que olvidara
un traidor á cuya cara
hoy un beneficio espera.

VALERIO. Una sátira le hagamos.

OTÓN. Vive Dios, que es gran bajeza,
sin duda la deshonramos.

LISANDRO. Teniendo tanta nobleza,
más corridos nos quedamos.

OTÓN. Las sátiras inventivas
que dan en las llagas vivas,
son para la gente baja,

que bien aquello me encaja,
nunca digas mal, ni escribas.

VALERIO. Aquel decir mal hermano
no guarda ningún gobierno,
porque dicen, y es muy llano,
que es chimenea en invierno
y sala baja en verano.
Mejor será que cantemos,
ó que de repente echemos
en loor de los amantes.

LISANDRO. ¿Prestaréisme consonantes?

OTÓN. Mejor será que glosemos.

VALERIO. ¡Oh, vos sois un cancionero!

LISANDRO. Venga el verso.

OTÓN. Diga así
la viuda y su escudero.

VALERIO. ¡Oh, qué tal es, pesia á mí!

LISANDRO. Pues yo comienzo el primero:
Mirando nuestros amores,
y su grande competencia,
he presumido, señores,
que Angélica está en Valencia,
con todos sus pretensores.
Vos sois Orlando, el guerrero,
y vos, Sacripante fiero,
ó Ferragud, bravo moro;
pero Angélica y Medoro,
la viuda y su escudero.

VALERIO. Escudero, el más honrado
que salir de España pudo,
que á tener has acertado
el más reluciente escudo,
de tus armas adornado.
Una medalla hacer quiero,
aunque pobre caballero,
de plata, y de mil tesoros,
donde estén como él, cinco oros,
la viuda y su escudero.

OTÓN. En las celestes alturas,
siendo Géminis su nombre,
hay un signo en dos figuras,
una mujer, otro hombre,
pegados en carnes puras.
Yo no soy buen estrellero,
pero, por Dios verdadero,
que cada noche imagino

que están como aqueste signo,
la viuda y su escudero.

VALERIO. ¡Hola, la puerta han abierto,
y Urbán embozado sale!

OTÓN. ¿Quién?

VALERIO. Urbán.

OTÓN. ¿Es cierto?

VALERIO. Cierto.

LISANDRO. ¡Oh, pesia á tal, llega y dale!

Sale ROSANO, y dale Lisandro

VALERIO. Basta aquesta.

ROSANO. ¡Ay, que me han muerto!

OTÓN. Echad por aquesa esquina.

LISANDRO. ¡Bien se ha hecho!

Vanse los tres.

ROSANO. Abranme aquesa puerta, ¡Ay de mí, triste!
la casa es grande, y llamo sin provecho.
¿Aquí, viejo fingido, me trujiste?
Pretendientes lo han hecho hacer, buen pe- [cho
que á una traición ningún valor resiste,
qué gentil cuchillada que me han dado.
¡Oh, cómo á Madrid voy bien despachado!

Vase.

Salen LEONARDA, JULIA y LUCENCIO

LEONARDA. Vaya un hacha con mi tío.

JULIA. Ya Rodulfo está con ella.

LUCENCIO. ¿Qué necesidad hay de ella?

LEONARDA. ¿Cómo que no, señor mío?
Y otro criado también
con espada os acompañe.

LUCENCIO. ¿Quién ha de haber que me dañe?

LEONARDA. Y yo sé que os quieren bien.

LUCENCIO. Del hombre estoy muy contento,
que parte bien despachado.

LEONARDA. Digo, tío, que me agrado
de hacer este casamiento,
que habiendo á mil propios sido
áspera, disculpa espero
en querer á un forastero.

LUCENCIO. Ventura el hombre ha tenido,
ricas albricias le esperan
en allegando á Madrid.

LEONARDA. Que se aperciban, decid.

JULIA. Ya esperan y desesperan.
LUCENCIO. A Dios.
LEONARDA. El vaya contigo.

Vase Lucencio.

JULIA. Desesperándome estaba,
que en la puerta falsa andaba

Sale URBÁN

no sé quién.
LEONARDA. Urbán, amigo,
¿cómo solo desa suerte,
con la máscara en la mano?
URBÁN. Hay mucho mal.
LEONARDA ¿Cómo, hermano?
De lo que pasa me advierte.
URBÁN. A la puente del Real
llegué á las diez, donde, atento,
ya me esperaba Camilo,
el curso del agua huyendo.
Llegué á hablar, y él alzó
de la baranda los pechos,
y cubriéndole los ojos,
yo fuí el mozo y él el ciego.
Entramos por la ciudad,
hablando y encareciendo
yo tu hermosura y tu fama,
y él su amor y sus deseos.
Preguntábale si había
en Valencia algún sujeto
que le agradase de día,
más que tu escuro aposento.
Y él me contaba una historia
de una mujer, que de celos
le seguía y perseguía
en calles, plazas y templos.
Cuando un alguacil llegó,
y al querer reconocernos
la venda del dios de amor
Camilo se quita presto.
Llegó, y quién era le dijo,
dejándole satisfecho,
pero no quiso rogalle
que me dejase cubierto.
La máscara me quitaron,
Camilo y todos me vieron,
bien que me dejaron libre,

que mejor dijera preso.
Camilo, en viéndome el rostro,
me dijo, amigo, riendo,
dejemos estas quimeras,
y vámonos descubiertos.
Y entonces, como en los montes,
acosado, corre el ciervo,
á Camilo dejo atrás,
y voy igualando al viento.
Y por calles desusadas,
de aqueste triste suceso,
conocido y afrentado,
á darte las nuevas vengo.

LEONARDA. ¡Pobre de mí, tras un mal
otro mayor! ¿Qué he de hacer?

JULIA. ¿Tu valor puede perder
su condición natural?
Ahora el esfuerzo importa.

LEONARDA. No le hay en tal desconsuelo,
que cuando castiga el cielo,
acero y diamantes corta.
Ahora bien, cualquier flaqueza
es notable en quien yo soy;
pero fabricando estoy
una aguda sutileza.
Urbán, por algunos días
á mi prima servirás,
y por Valencia andarás
muy lejos de cosas mías.
Así que, cuando te siga
este hombre, entenderá
que por ella viene y va.

JULIA. Á mucho el honor te obliga.

URBÁN. Pues di, ¿quieres deshonrar
tu prima? ¿No es desvarío?

LEONARDA. Urbán, por este honor mío,
todo me ha de perdonar.
Caiga esa mancha en mi prima
y líbrese mi opinión.

URBÁN. Tú no ves que es sin razón.

LEONARDA. Así la fama se estima.
Si cuando te acuchillaban
delante al otro ponías,
de quien favor recibías,
y los otros en él daban.
Y si defender la mano
al rostro es tan natural

por parte más principal,
no es pensamiento inhumano.
Recogeos, y mañana
á misa con ella irás
al Milagro.

URBÁN. Tú le harás,
con esta industria, greciana.
Pero di, ¿quién ha de ir
mañana por tu galán?

LEONARDA. Julia disfrazada, Urbán,
que de hombre se ha de vestir.

JULIA. ¿Y si algún hombre me topa?

LEONARDA. Defenderáte tu ciego.

JULIA. Dél me temo.

LEONARDA. ¿Cómo?

JULIA. Es fuego,
y conocerá la estopa.

Vanse.

Salen OTÓN y VALERIO

VALERIO. Dicen que ya se levanta.

OTÓN. Es un lirón en dormir,
lo que se tarda en vestir,
Valerio, es cosa que encanta.

VALERIO. Acostóse, pues, temprano,
que anoche poco rondó.

Sale LISANDRO

Ese, á fe, me desveló,
escudero y cirujano.

OTÓN. ¿Aún os ponéis los botones?

VALERIO. El cirujano os desvela.
¡Buena burla! mas ¿creeréla?

OTÓN. Dejémonos de razones,
¿hubo quien nos conociese?

LISANDRO. Era un desierto la calle.

VALERIO. ¡Qué bien que se puso al dalle!

OTÓN. Mas, ¿que tan bien sucediese?
¿Fué en la cabeza ó la cara?

LISANDRO. En todo pienso que hirió,
porque revés que doy yo
hasta el pescuezo no para.

OTÓN. ¡Válame San Jorge!

VALERIO. Amén.

OTÓN. Esto cuentan de Roldán.
¡Hola! Hacia acá viene Urbán.

VALERIO. ¿Quién?
OTÓN. Urbán.
LISANDRO. ¿Quién dices, quién?
OTÓN. ¡Hola! Urbán es, y muy sano.
VALERIO. Míralo bien.
OTÓN. ¿Qué hay que ver?
Tú debías de tener
anoche blanda la mano.
LISANDRO. Cuando yo doy un revés,
hasta el pescuezo no para.
OTÓN. Cogiendo cabeza y cara,
queda abierto hasta los pies.

Ha salido URBÁN

VALERIO. Estoy por dártele ahora.
OTÓN. Deteneos.
VALERIO. Urbán, ¿do bueno?
URBÁN. De priesa y cuidado llevo,
que va á misa mi señora.
OTÓN. ¿Quién, Leonarda?
URBÁN. Ha ya días
que en cas de su prima estoy,
y con ella vengo y voy.
VALERIO. *(A Lis.)* Muy bien así le darías.
LISANDRO. Sin duda, pues que hay herido
ó forastero ó criado.
OTÓN. Tenga, pues se ha disculpado,
perdón.
LISANDRO. Mas yo, se le pido.
URBÁN. ¿Mandáis más, que voy de prisa?
OTÓN. Dinos algo de tu ama.
URBÁN. Que es una Porcia en la fama.
LISANDRO. Ven acá.
URBÁN. Tocan á misa. *Vase.*
VALERIO. Fuese, que es gran bellacón.
OTÓN. Sin duda su prima está
sola, si éste no está allá.
LISANDRO. ¡Oh, vana murmuración!
Si aqueste su galán fuera,
¿sin él ni un hora pasara?
VALERIO. Amando, es cosa muy clara.
LISANDRO. Pues no sabremos quién era
el que llevó el beneficio
anoche, y no por el voto,
sino por el filo.
VALERIO. Has roto
más que un romano Fabricio.

Ya no preguntes quién sea,
que ya no debe de ser.

Desnuda la espada.

LISANDRO. Pues téngolo de saber.
OTÓN. Basta que el filo se vea.
LISANDRO. Sangre tiene, ¿qué dudamos?
VALERIO. Por mí, Lisandro, lo creo.
OTÓN. ¿Dónde iremos?
VALERIO. A la Seo.
LISANDRO. Mejor es que á San Juan vamos.

Vanse.

Salen CAMILO y FLORO

FLORO. ¿Tantas cruces te haces?
CAMILO. Pues ¿qué quieres,
viendo tan espantoso desengaño,
desde mi encantamiento y aventura?
FLORO. ¿Viste anoche muy bien al hombre?
CAMILO. Vilo,
como te veo, Floro amigo, ahora,
y vile con tal fuerza de deseos
de conocerle bien, que desvelado
toda la noche estuve con su imagen,
en la memoria como piedra impresa,
hasta que me dormí, cansado, al alba.
Puedo en la mesa retratarte al vivo,
como se cuenta del famoso Apeles.
FLORO. ¿Y qué, hoy le has visto acompañar su ama?
CAMILO. Pues ese es, Floro, el desengaño mío,
que como anoche conocí su cara,
y hoy le vi con aquesta buena dueña,
estoy desesperado.
FLORO. Dime el cuento,
de suerte que lo entienda.
CAMILO. Estame atento:
Yo salía del Milagro,
discursos varios haciendo
sobre el suceso de anoche,
que fué notable suceso.
Iba bajando las gradas,
cuando el escudero veo,
con sereno y corto paso,
rostro humilde, airoso cuerpo.
De la su mano traía,
que así lo dicen los viejos,

una niña que ganaba
con cuatro quinces el juego.
No me dé mejores cartas
en su vida el compañero,
que los puntos desta diosa,
diosa en años, diablo en gesto.
El cual era de un color
tan pálido y macilento,
que el bronce no le igualaba,
aunque de bronce era hecho.
La frente vellosa y chica,
blancos y pocos cabellos,
cejas tiznadas de hollín,
por la falta de los pelos.
Ojos á escuras. suaves,
porque eran de rocín muerto,
nariz de jabón de sastre,
y barbuda por lo menos.
La cabeza tuerta un poco,
los hombros, Floro, sin cuello,
el andar, como de un ganso,
muy á espacio, y partiabierto.
Quisiera empujarla entonces,
y dar con ella en el suelo,
pero al fin, desengañado,
vuelvo, corrido en extremo.

FLORO. Estos, señor, han sido tus peligros,
esto, ponerte á una perpetua infamia,
ah, si tomaras luego mi consejo,
y rompieras un poco el capirote,
ó fuerza hicieras con la espada en mano,
que no habían de matarte ni ofenderte;
todo fué muy galán aficionarte
de una camilla de damasco y tela,
y de unos terciopelos y brocados.
Mas ¿qué pensáis hacer?

CAMILO. La primer cosa
me ha de dar pluma y tinta, y con la cólera
le he de escribir quién es, y su mal término,
y quedará de lengua castigada,
que gran castigo suele ser la lengua,
y más, cuando se vea conocida,
y que pierde el mocito que engañaba.

FLORO. ¿No me contabas tú que la tocaste,
y que era moza muy briosa y cuerda,
que hablaba con extremo, y respondía?

CAMILO. Sin ojos no me culpes, ni me corras,

Urbán queda con ella, ahora en misa,
darásle este papel, que he de escribille,
para que se le lleve, como digo.

FLORO. ¡Linda dama has gozado!
CAMILO. ¿Burlas, Floro?
FLORO. ¡Oh, qué niña tan linda!
CAMILO. Como un oro.

Vanse.

Salen LEONARDA y JULIA

JULIA. ¿Qué, al fin te has determinado
á querer un forastero?
LEONARDA. Celos, Julia, me han forzado
deste traidor por quien muero,
y este mi honor estimado.
JULIA. ¿Y qué, saldrás de Valencia?
LEONARDA. Antes que con cierta ciencia
sepan mi secreto estilo,
es bien dejar á Camilo,
y halo de hacer el ausencia.
Porque, según está impreso
en el alma que le di,
Julia amiga, te confieso,
que verle y no hablarle aquí
sería perder el seso.
JULIA. Por extraño modo has hecho
tu gusto, sin que tu honor
quede manchado ó deshecho.
LEONARDA. Una mujer con amor
deshará todo el derecho.
JULIA. Cierto, que si las señales
del secretario son tales,
como escriben, aunque en breve,
que nada á Camilo debe.
LEONARDA. Mucho son en todo iguales.
Pero lo visto era bueno.
JULIA. ¡Oh, cómo el verte casar
en reino extraño y ajeno,
por la ciudad ha de dar
un bravo estampido y trueno!
LEONARDA. No importa, pues della salgo.

Sale URBÁN

URBÁN. Para tus industrias valgo
un mundo.
LEONARDA. ¡Urbán con tal prisa!

URBÁN. Ya me vió llevar á misa
á tu prima aquel hidalgo.
LEONARDA. ¿Y qué, puso buen semblante?
URBÁN. Con un rostro entre dos luces
se puso á vernos delante,
haciéndose cien mil cruces,
que es satisfacción bastante.
Y al salir me dió el criado
aqueste papel cerrado,
para que á tu prima diese,
como si culpa tuviese.
LEONARDA. ¡Bien le habemos engañado!
Muestra, á ver lo que le escribe.
URBÁN. Quién duda, que le dirá
que de su gusto se prive.
LEONARDA. Dirá que corrido está,
¡y cuán engañado vive!
(Lee.) «Vieja de Satanás, que á siete dieces
te enamoras, y gozas con hechizos
de mozos, por su mal, antojadizos,
con quien te haces niña y enterneces.
Hoy vi tu antigua cara con dobleces,
tiznadas cejas y canudos rizos,
con la tuerta nariz, dientes postizos,
y las hermosas manos de almireces.
Desengañéme, y dije muy corrido,
á Dios, señora Circe, á Lanzarote
sirva de quintañona, y será moza.
Busque otro necio, como yo lo he sido,
á quien ponga de noche el capirote,
que presto la pondrán una coroza.»
URBÁN. Bravo fuego viene echando,
mas no hay que espantarse dél.
LEONARDA. Y yo me estoy lastimando,
que no hay cosa en el papel
que no me deje abrasando,
porque hago dello honor.
URBÁN. Eres mujer, y en rigor,
no pueden sufrir ser feas.
¿Corrido te has?
LEONARDA. No lo creas.
JULIA. ¿Pues hay afrenta mayor?
URBÁN. ¿Cómo afrenta, si ese piensa
que es esa vieja tu prima
de quien recibió la ofensa?
LEONARDA. Por ventura, amor me anima
á que me ponga en defensa.

Y necio Camilo anda,
pues hoy confiesa tan dura
la que ayer sintió tan blanda.

URBÁN. Lo que es mal, presto asegura,
y así en hablar se desmanda,
¿qué has de hacer?

LEONARDA. A su posada
ve esta noche, que me agrada,
con otro mayor engaño,
dalle un cierto desengaño.

Vanse.

Salen CAMILO y FLORO

CAMILO. ¿Eso me dices, Floro?

FLORO. Bien sabía
que había, señor mío, de ofenderte,
y sabe Dios lo que á mi alma cuesta
dar licencia á mi lengua y á mi boca,
para palabras de vergüenza poca.
Desde aquesta mañana que me diste
aquel papel que al escudero diese,
anduve comenzando mil razones,
y nunca pude pronunciar ninguna.
Bien sé, señor, que hacello fué mal término,
mas quien es tan discreto, y ha leído
tantas historias, verá bien por ellas,
que amor tiene disculpa en sus efetos,
con sólo ser amor.

CAMILO. Ya lo sé, Floro,
y no es esta la culpa que en ti hallo.

FLORO. Como yo vi que despreciaste á Celia,
y ella, señor, se vió desamparada,
por su consuelo entraba á visitarla,
y visitóme amor de suerte el pecho,
que le dije mi intento, y di palabra
de casarme con ella, como fuese,
señor, tu gusto, y con licencia tuya
ella desesperada, y que en su vida
la volvieras á ver, y porque todas
oyen muy bien aquesto de casarse,
también me dió palabra y juramento,
y si gustas de hacerme un bien tan grande,
en consideración de mis servicios,
pues sabes que mis padres te criaron.
y que he sido tu esclavo desde entonces.

CAMILO. Floro, no pienses tú que á mí me pesa

que te cases con Celia, porque tengo,
habiendo sido Celia cosa mía,
celos ahora, juzgo que es mal término,
sino porque el amor que te he tenido,
pensaba hacer de ti mejor empleo,
ello es tu gusto, no te contradigo,
si está de Dios el hombre no lo estorbe,
ve por Celia á su casa y hablaréla.

FLORO. Más cerca está, señor.
CAMILO. ¿Cómo?
FLORO. Está en casa,
que hoy vino á mi aposento.
CAMILO. Ve por ella.
¡Extrañas cosas hace este amor ciego!

Va Floro por ella.

¡A mí, por una vieja me trae loco,
y aqueste Floro casa con mi amiga,
pero esto estame bien, pues me asegura

Vuelve á salir FLORO, y CELIA

de que no me persiga!
FLORO. Aquí está Celia,
y aqueste esclavo tuyo.
CELIA. El cielo sabe,
señor, si vengo á hallarte con vergüenza,
pero para una cosa que es tan justa
espero tu favor.
CAMILO. Celia, yo pienso
que el cielo te ha mirado piadoso,
pues á tu vida ha dado tal remedio,
como es Floro mi amigo, y no criado,
padre tendréis en mí, y amparo todos,
y el día que os caséis, te daré, Celia,
sin vestidos ni alhajas, mil ducados,
vuélvela ahora, Floro, á tu aposento.
CELIA. El cielo aumente esos gallardos años.
FLORO. Dame, señor, aquesos pies.
CAMILO. Levántate.
CELIA. No hay príncipe como él.
FLORO. Nadie le iguala.

Vanse Floro y Celia.

CAMILO. Contento parte Floro, que es amante,
que su gusto escogió con muchos ojos.
¡Ay de aquel necio que le tuvo á escuras!

Sale FLORO

FLORO. Con no haberse cerrado bien la noche,
aquel tu enmascarado está á la puerta,
Fulgencio me lo dijo, y que ésta leas.
CAMILO. ¿Qué, no quieren dejarme aquestas másca-
¿Todavía esta vieja me persigue? [ras?
FLORO. Lee, veamos qué es lo que te escribe.
CAMILO. *(Lee.)* «Creerse de ligero, no es cordura,
que suele resultar en propio daño,
y no tengáis temor de que es engaño,
que, al fin, el que es más fuerte poco dura.
Venid, Camilo, á ver mi fe tan pura,
que esta noche os darán el desengaño,
ó á lo menos la muestra dese paño,
que, por su afrenta, defenderse jura.
No soy quien vos pensáis, y así deseo,
aunque cual siempre guardaré mi fama,
desengañaros como ya comienzo.
No penséis que habéis hecho mal empleo,
ni á Circe presumáis tener por dama,
que en todo os soy igual y en algo os venzo.»
¡Hay cosa igual! Aquesta es hechicera,
ó yo he perdido, Floro, mi juïcio,
con esto sale ahora nuevamente,
quiere enredarme con encantos nuevos.
Mas donde fué lo más, lo menos vaya.
Dame un jaco de presto.
FLORO. Voy.
CAMILO. Apriesa
guardar quiere su fama, aquesta noche
luz tengo de llevar si allá me matan,
ponme en una linterna una bujía.
FLORO. ¿Muerta?
CAMILO. Encendida, necio, mas cerrada,
de suerte que llevarla no se vea,
¡que aún quiere hacerse hermosa aquesta fea!

Vanse.

Salen LUCENCIO, LEONARDA y JULIA

LUCENCIO. Hasta hoy no había sabido,
sobrina, aqueste suceso,
de que estoy, que pierdo el seso.
LEONARDA. ¿Y qué, tan mal le han herido?
LUCENCIO. ¿Cómo herido? ¡Si no fuera
en Valencia, no escapara!

Que es la cirugía muy rara,
y así, su salud se espera.
La noche que de aquí fué,
con las cartas que escribimos,
esas albricias le dimos.

LEONARDA. Sin duda, que hizo por qué.

LUCENCIO. El jura que á nadie habló,
ni sabe por qué le dieron.

LEONARDA. ¿Y no se sabe quién fueron?

LUCENCIO. Diera por saberlo yo
la mitad de mi hacienda.

LEONARDA. ¿Y no le hacéis regalar?

LUCENCIO. A casa le he de llevar,
y hacer que nadie lo entienda,
que es conveniente á tu honor.
¿Hay recado de escribir?
Porque es razón advertir
á ese hidalgo y su señor.

LEONARDA. ¡Hola! Poned unas velas
allá en mi cuadra.

LUCENCIO. Yo voy.

Vanse Julia y Lucencio.

LEONARDA. Que no me aprovechan hoy
con este viejo cautelas.
Cuando á Camilo he de ver,
tengo aquesta sombra en casa;
pero bien lejos dél pasa,
y yo le sabré esconder.

Sale JULIA

JULIA. Ya el viejo queda escribiendo.

LEONARDA. Urbán sin duda es venido.

Salen URBÁN y CAMILO

URBÁN. No dirás que no he traído
tu ciego.

LEONARDA. En verle me ofendo.

CAMILO. ¿Podréme ya descubrir?

LEONARDA. Lleva esas luces.

CAMILO. ¿Qué, aún dura
esto de ser dama escura?
¡Ya no se puede sufrir!
Heme aquí que me descubro.
¿Qué importa, si ciego estoy,
para el desengaño de hoy?

LEONARDA. Por quien soy de vos me encubro.
Pero no saldréis de aquí
sin que vais desengañado,
y habéisme mucho agraviado
con pensar eso de mí.
Y fué sin dura locura
no reparar que ésta ha sido
la dama que habéis tenido
menos espantosa y dura.
Que no es un hombre tan ciego
que así sus manos le engañen,
para que le desengañen
vanos pensamientos luego.
Pero sois mozo, en efeto,
y no poco confiado,
y ansí en lo escrito y hablado,
no habéis andado discreto.
Mas quiérooslo perdonar,
no más de por lo que os quiero.

CAMILO. Disculpa daros espero,
si es que me pude engañar.
Pero si luz no ha de haber,
no procuréis desengaño,
que quien hizo aquel engaño
otros muchos sabrá hacer.

LEONARDA. Pues luz no la imaginéis.

CAMILO. Eso es ya resolución.

LEONARDA. Aunque os pierda, está en razón
que con luz no me gocéis.

CAMILO. Pues burla á un caballero
tampoco, señora, es justo,
daros quiero un gran disgusto,
luz traigo y veros espero.

Descubre la luz.

¡Jesús! ¿No sois la viuda,
que yo tantas veces vi?

LEONARDA. ¡Ay, desdichada de mí!

CAMILO. ¡Ya mi mal en bien se muda!

LEONARDA. Ese es término de hidalgo.

CAMILO. Del rostro la mano alzad.

LEONARDA. ¡Hay tal fuerza! ¡Hay tal maldad!

Sale LUCENCIO

LUCENCIO. Leonarda, á tus voces salgo.
¿Cómo es aquesto, hombre aquí?
¿y hombre con desnuda espada?

CAMILO. Estuvo siempre envainada,
y desnudóse por ti.
LUCENCIO. Saca una luz, llama gente.

Va Julia y saca un hacha.

LEONARDA. Señor, esto es hecho ya,
poner silencio será
remedio más conveniente.
Aqueste hidalgo es Camilo,
á quien tú conoces bien,
quiéreme bien, y también
yo á él por el mismo estilo.
Si fuere voluntad suya,
yo quiero ser su mujer.
LUCENCIO. Como estéis de un parecer,
yo gusto que se concluya.
Más blando, señor armado,
que os conocí muy pequeño.
CAMILO. Vos sois mi padre y mi dueño,
haced lo que os han rogado.
LUCENCIO. Ve, Urbán, y llama testigos.
URBÁN. Yo voy volando. *Vase.*
LUCENCIO. ¿Esto pasa?
¿Cuando estoy, sobrina, en casa,
tienes en casa enemigos?
¿Para qué escribir me hacías,
si en este negocio andabas?

Salen URBÁN, OTÓN, LISANDRO y FLORO

LEONARDA. ¿Por qué un pueblo no llamabas
ó media ciudad traías?
URBÁN. Estaban casi á la puerta.
LUCENCIO. Ellos están bien llamados,
caballeros son honrados.
Oigan cómo se concierta:
que Camilo con Leonarda
se han de casar y lo juran.
VALERIO. Justamente lo procuran,
él noble, y ella gallarda.
Hoy de mil tesoros llenos
os haga el cielo á los dos,
y gocéisos, ruego á Dios,
por muchos años y buenos.
FLORO. En un día mi señor
y yo nos hemos casado.
LISANDRO. Casamiento tan honrado
vuelve en olvido mi amor.

Mejor que en reinos ajenos,
y con el bien que tenéis,
estaréis donde os gocéis
por muchos años y buenos.

URBÁN. ¿No me dan á Julia á mí?

LEONARDA. De hoy más será tu mujer.

OTÓN. El testigo vengo á ser,
aunque pretendiente fuí.
Mas, confieso que soy menos,
y así también escogéis,
que es bien que este bien gocéis
por muchos años y buenos.

LISANDRO. ¿Será la boda?

LUCENCIO. Mañana.

VALERIO. ¿Tan presto?

LUCENCIO. Conviene así.

CAMILO. Pues bien es que acabe aquí
La viuda valenciana.

